

Publicado en el libro *Transiciones, memoria e identidades en Europa y América Latina*, editado por Juan Piovani, Clara Ruvituso y Nikolaus Werz. Bibliotheca Ibero-Americana 165. Iberoamericana Vervuert, Frankfurt - Madrid, 2016, pp. 33-74. Número de páginas totales 292. ISBN: 978-84-8489-984-6.

LA CONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA DEL ORDEN DESEADO

Notas sobre la lectura latinoamericana de Hannah Arendt en los escritos tempranos de Norbert Lechner (1969-1984)

Antonio Camou
Anabella Di Pego

...falta reconstruir el registro de libros que leíamos en aquellos años. Yo destaco dos autores que leo inmediatamente después del golpe: Gramsci y *La condición humana* de Hannah Arendt. No sólo por su contenido, también por su estilo de exposición, son textos que incitan a buscar un nuevo marco de referencia.

“Última conversación con Norbert Lechner. Las condiciones sociales del trabajo intelectual”, entrevista de P. Gutiérrez y O. González, *Cuadernos del CENDES*, 2004.

“Si en realidad «provengo de» alguna parte, es de la filosofía alemana”.

Hannah Arendt, carta a Gershom Scholem, 20 de julio de 1963.

Razones estrictamente literarias nos llevan a sostener que la "tercera ola" de democratización en el mundo moderno comenzó algunos minutos después de la medianoche del 25 de Abril de 1974; a esa hora, cerca de los callados muelles de la bella Lisboa, una estación de radio empezó a transmitir los primeros acordes de *Grandola Vila Morena*. La canción era la contraseña elegida por el mayor Saraiva de Carvalho para movilizar las unidades militares dirigidas por jóvenes oficiales que terminaron por derrocar al anquilosado régimen salazarista, vigente en Portugal desde la década de 1930. La historia establecería mucho después que los partícipes de ese movimiento armado habían dado inicio –paradójica, involuntaria, y a ratos contradictoriamente- a un dominó de transiciones a la democracia que cubrió vastas y diversas geografías: en primer lugar, la onda democratizadora recorrió otros países de la Europa meridional, sumando Grecia (1974/1975) y España (1975/1977) a su paso, luego

prosiguió su marcha a lo largo del subcontinente latinoamericano, y finalmente emprendió un sinuoso recorrido por los países del otrora “socialismo real”¹.

En nuestra región, la década que se abre entre el golpe militar perpetrado en Chile por el General Pinochet (11 de septiembre de 1973) y la elección del Dr. Raúl Alfonsín como presidente constitucional de la Argentina (30 de octubre de 1983), dibuja simbólicamente un vasto y heterogéneo territorio de búsquedas y nuevas definiciones políticas. En particular, para muchos intelectuales y militantes del llamado campo “progresista”, este período –cuyos límites cronológicos hay que leer con generosa ambigüedad- entreteje un recorrido personal de experiencias vitales traumáticas junto con un itinerario reflexivo, autocrítico y renovador del pensamiento político latinoamericano en torno a la democracia. Así, durante esa década convulsiva la idea de “revolución” fue perdiendo terreno para dar lugar a una renovada, y en la mayoría de los casos inédita, estimación de las virtudes institucionales de la democracia como núcleo constitutivo de reglas, principios y valores para pensar la política y para actuar en el ámbito público².

En estas notas, que forman parte de un proyecto más amplio, revisaremos un conjunto de trabajos que marcaron hitos significativos en el debate intelectual y académico sobre las transiciones a la democracia en América Latina y Argentina entre finales de los años setenta y principios de los años ochenta. Lo haremos prestando atención a las articulaciones entre las dimensiones discursivas, institucionales y socio-profesionales de la producción del conocimiento social (Wallerstein, 1999). Partimos de una premisa reconocida según la cual la discusión durante este período presenta una serie de rasgos novedosos –en relación con cada una de dichas dimensiones- estrechamente imbricados: la renovación del debate en torno a la política y la democracia en el marco de una creciente “latinoamericanización” e “internacionalización” de las ciencias sociales (los temas comunes a la región comienzan a ser discutidos en espacios de intercambio con especialistas locales y externos); la progresiva “autonomización” de la producción académica en relación con la política militante o las organizaciones partidarias; y finalmente, una paulatina “profesionalización” de la investigación en el marco de redes, centros especializados y circuitos de financiamiento y legitimación que responden a cánones de calidad internacional. En este contexto destacamos la sugerente lectura de Hannah Arendt que Norbert Lechner introduce en el debate latinoamericano en torno a la democratización³.

En la primera sección ofrecemos una síntesis muy esquemática de las diversas oleadas de estudios e investigaciones que acompañaron el cambio democratizador. En especial nos interesa resaltar el desplazamiento entre visiones de corte más “estructuralista” a miradas más “accionalistas” de la política. En tal sentido, los trabajos desarrollados en la región (o

¹ El detalle de la crónica portuguesa se encontrará en Avelino Rodríguez et al. (1977) y también en Samuel P. Huntington (1994:17).

² Entre los trabajos que han abordado esta problemática pueden señalarse los de Lechner ([1985] 1988), Barros (1986), Flisfisch (1987), Rabotnikof (1992), Gonzáles (2002), Lesgart (2002 y 2003), Bulcourn & Vázquez (2004), Burgos (2004), O'Donnell (2004), Spinelli (2008), Munck (2010), Reano (2012) y Gago (2012). En este texto retomamos discusiones ya adelantadas en (Camou, 2007 y 2013).

³ Además del análisis de algunas de las publicaciones más significativas sobre las transiciones democráticas en América Latina, el trabajo se nutre de una serie de entrevistas originales a destacados científicos sociales iberoamericanos. Por otra parte, una estancia en el *Instituto Ibero-Americano* de Berlín nos permitió acceder a una copia de la tesis original de Lechner, como así también a varias publicaciones de sus primeros años en Chile. Agradezco a las autoridades y a todo el personal del Instituto, en particular a Peter Birle, por el apoyo brindado (AC).

sobre la región) entre las décadas de los años '50 y '60 se concentraron en estudiar la democracia a partir de sus vinculaciones estructurales con las dimensiones sociales y económicas: tanto en la versión “optimista” del enfoque de la modernización, como en la visión “pesimista” del dependantismo, los problemas del régimen político tendían a ser vistos como un producto derivado, con escasos grados de libertad, de la dinámica socioeconómica.

Aunque no lo podemos desarrollar en detalle, nuestra argumentación se apoya en la revisión de un texto de Lechner que se volvió canónico: “De la revolución a la democracia” ([1985] 1988). En líneas generales, cuestionamos ciertas lecturas reduccionistas de las que fue objeto el texto, en el sentido de pensar el debate político-intelectual de la época siguiendo un rígido vector cronológico de sucesivos compartimentos estanco (la discusión sobre la “revolución” fue reemplazada por las controversias en torno a los “nuevos autoritarismos”, y luego la atención se concentró en los desafíos de la “transición democrática”), o bien reduciendo el campo de disputas a una sencilla ecuación dicotómica (“autoritarismo” versus “democracia”), o por último, incurriendo en alguna sobrentendida “teleología” en la medida en que se le atribuyen a los actores del período una clara consciencia del lugar deseado hacia el que marchaban sus coincidentes esfuerzos (la democracia).

A nuestro juicio, el modelo epistemológico implícito a través del cual muchos han leído el debate sobre la transición democrática en América Latina ha seguido un esquema “consensualista” (con un fuerte sesgo “racionalista” en la descripción del proceso), cuyo derrotero básico podría expresarse del siguiente modo: “consenso revolucionario” + quiebre autoritario + “nuevo consenso democrático”. Tanto en el punto de partida (del que no nos ocuparemos aquí) como en el de llegada, una no explicitada idea de “acuerdo” ha tendido a borrar los múltiples hilos de conflicto que entretejían los debates, las interpretaciones en pugna o las antagónicas evaluaciones que se hacían de la situación política concreta por la que atravesaban los países de la región.

De este modo, en nuestra interpretación, los nuevos sentidos de la política y la democracia en América Latina fueron emergiendo a partir de una serie de búsquedas tentativas y conflictivas, a ratos confusas y en algunos casos contradictorias, en un espacio de diálogos múltiples, y de diferentes niveles de análisis, donde se cruzaban, superponían o traslapaban distintos ejes de discusión. Siguiendo al propio Lechner –en la revaluación que hará del tema años después- podríamos decir que la reconsideración analítica y la revalorización política de la cuestión democrática permitió establecer una zona de “convergencias” –más que de consenso- sobre la que se inscribirán viejas y nuevas disputas, que terminarán aflorando en los años por venir⁴.

De manera algo más precisa, nuestro argumento sostiene que al interior de un “espacio controversial” (Nudler, 2004) definido por el cruce de tres ejes de debate -los análisis sobre los problemas de la modernización, el desarrollo y la dependencia, las disputas en torno a la revolución y la democracia, y las controversias en torno al modo de caracterizar a los Estados autoritarios emergentes (viejos y nuevos autoritarismos)-, la “refocalización”

⁴ Parece clara la “afinidad electiva” entre cierta visión *política* de la democracia y la mirada *epistemológica* que sustentaría su elaboración intelectual. Lejos de este enfoque, Lechner recordará, al comentar el título de su libro de 1984: “En una época muy dada a una visión consensual de la democracia, yo postulo desde el mismo título del libro que la democracia sería una construcción conflictiva y una construcción necesariamente inacabada” (Gutiérrez y Moulián, 2006: 10).

(Nudler, 2004) de la cuestión democrática redefinió los términos de la discusión, y a través de ella, de la concepción misma de la política.

Pero esta “refocalización”, a su vez, estuvo ligada a transformaciones más profundas, operadas al nivel presuposicional del tejido discursivo básico sobre el mundo social (Alexander, 1989). Entre estos cambios –que constituyeron auténticos desplazamientos de *episteme* (Foucault, 1982)- no podemos dejar de mencionar tres puntos clave, a saber: una visión del conflicto más flexible, dinámica y matizada que la presupuesta por el rígido algoritmo de la “contradicción dialéctica” (Aricó, 1986) (Portantiero, 2000); una noción de sociedad más abierta a diversas zonas de conflictividad plural (etnias, género, minorías sexuales, etc.), reluctante a ser pensada a través de una lógica antagónica unidimensional, ya sea en términos de la contradicción capital-trabajo o en el marco del consenso normativo parsoniano (Lechner, 1982, 1984, 1988) (Calderón, 1986) (Calderón & dos Santos, 1987); y finalmente, una manera de entender la identidad de los actores sociopolíticos constituida a través de la propia acción, y en relación con los otros, rechazando formas predeterminadas de identificación a nivel socioeconómico o cultural (Nun & Portantiero, 1987) (Nun, 1989). Este nuevo entramado discursivo se entretrejerá así con una renovada conceptualización de la política, cada vez más alejada de la oposición amigo-enemigo y de la semántica de la guerra, y que tenderá a ser dominada por una emergente visión de juego estratégico, de procesamiento institucional de los conflictos o de elaboración de pactos en clave “neocontractualista” (O’Donnell et alii, 1986) (Flisfisch, 1987) (O’Donnell, 2004)⁵.

En el marco de estas consideraciones la segunda sección avanza algunas ideas sobre el papel que jugó la obra de Norbert Lechner, y su lectura temprana de Hannah Arendt, en estos debates. Allí presentamos, sin apelar a ningún rígido esquematismo, una periodización de la obra de Lechner que nos permite ubicar el foco de nuestro análisis en los trabajos elaborados entre fines de los años ’70 y principios de los ’80.

La tercera sección desarrolla el núcleo de nuestra contribución. La hipótesis que adelantamos de manera exploratoria es que, más allá de su opción vital y política por América Latina, Lechner mantuvo un diálogo crítico permanente -a veces explícito, a veces implícito- con el pensamiento alemán clásico (de Kant a Marx) y contemporáneo. Así, a manera de ejemplo, vale recordar que en su temprano período de formación, la mirada desde la teoría crítica -en el marco del debate epistemológico sobre el positivismo en las ciencias sociales- fue una matriz fundante en su manera de concebir la construcción del conocimiento por oposición a cualquier forma de empirismo de vuelo bajo (Adorno y otros, 1973). Luego, en la redacción de su tesis, las abundantes lecturas académicas de los autores norteamericanos de ciencia política serán tamizadas a través de los aportes de Ralf Dahrendorf, a efectos de introducir una visión más sensible al papel del conflicto en la política contemporánea (Lechner, 2004). Más tarde, será notoria la zona de convergencia entre las preocupaciones de Lechner y las reflexiones de Jürgen Habermas, pero también debe ser notado que su contrafigura en el escenario sociológico alemán –Niklas Luhmann- también mereció una atenta consideración por parte de Lechner al momento de pensar los desafíos de la coordinación social en América Latina (Lechner 1997; Lechner, Millán y Valdés, 1999).

⁵ Hemos querido evitar en estas notas otra etiqueta simplificadora para caracterizar algunas de estas mutaciones teóricas y políticas – la llamada “crisis del marxismo”-, que merecería un tratamiento específico y detallado que no podemos encarar aquí.

Pero de manera más específica, sostendremos que en el tránsito que va de una reflexión anclada en la “revolución” a una visión política centrada en la “democracia” fue fundamental la apropiación, adaptación y recreación de la obra de Hannah Arendt. De acuerdo con nuestro argumento específico, esta lectura se manifiesta en los tres planos señalados más arriba (Wallerstein, 1999): una clave de interpretación de la política que – a la vez que le permite tomar distancia crítica del marxismo- le posibilita entenderla en su carácter intrínsecamente conflictivo y plural, pero sin reducirla al marco de análisis dominado por el cálculo estratégico (elección racional); un registro reflexivo a medio camino entre la filosofía, las ciencias sociales e incluso la literatura; y finalmente, un modelo de intervención intelectual autónomo.

La cuarta sección cierra el trabajo con algunas reflexiones finales. Allí recordamos que en el lapso de una década se operaron dos cambios fundamentales, estrechamente unidos pero no idénticos, en el pensamiento y la política latinoamericana. Por un lado, hubo una sensible transformación en lo que hace al valor de la institucionalidad democrática, entendida en el sentido positivo de una reivindicación de las reglas y los actores específicos del juego político (partidos, elecciones, lucha parlamentaria, etc.), por oposición a otras vías de constitución y ejercicio del poder (revolucionarias, movimientistas, plebiscitarias, etc.). Pero por otra parte, hubo también una reconsideración de la visión analítica respecto de la democracia y el cambio político, en particular desplazando la mirada desde los condicionamientos, o los determinismos, estructurales (ya sean económicos, sociales o culturales), hacia un enfoque centrado en la autonomía relativa de las decisiones de los actores, en la productividad del conflicto para generar relaciones sociales, y en el papel de las instituciones para moldear conductas.

El pivote que sirvió de eje a esos desplazamientos –y que por lo mismo fue objeto de una intensa confrontación discursiva- fue el de la noción misma de democracia, que pasó de ser negativamente adjetivada (“democracia formal”, “democracia burguesa”, “democracia política”), a ser reconocida como una institucionalidad política específica y valedera en sí misma. Esta nueva vindicación recorrerá diversos registros y entonaciones discursivas, pero básicamente tomará tres formas principales en los años por venir: de un lado, encarnará una recuperación abiertamente liberal como una democracia “sin adjetivos” (Krauze, 1983); en el otro extremo del espectro comenzará a esbozarse una línea que concitará mayor atención recién en el pasaje al nuevo siglo, bajo la bandera de una “democracia radical” (Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, 1987); una tercera vía empezará a pensar la democracia –desde diferentes sectores de una izquierda renovada- en términos de un requisito mínimo, una condición *sine qua non* de una nueva sociabilidad política, que será concebida bajo la advocación de una “democracia participativa” (Portantiero, 1988) (Nun, 1989), o de manera más amplia, una democracia que enfrenta la permanente tensión entre “la utopía y el realismo” (Lechner, 1993).

1) LOS NUEVOS AUTORITARISMOS

El golpe (de Estado) significa una dramática alteración de la vida cotidiana... Para muchos intelectuales la pérdida de la seguridad material y la erosión de los criterios de normalidad provocan una situación de incertidumbre (cognitiva y emocional) que favorece no sólo una revisión biográfica, sino igualmente la percepción de problemas habitualmente no considerados... La revalorización de la antes criticada “democracia

formal” se inicia pues a partir de la propia experiencia personal más que de una reflexión teórica.

Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia” (1985).

Lo nuevo siempre se da en oposición a las abrumadoras desigualdades de las leyes estadísticas y de su probabilidad, que para todos los fines prácticos y cotidianos son certeza; por lo tanto, lo nuevo siempre aparece en forma de milagro. El hecho de que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperar de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable.

Hannah Arendt, *La Condición Humana* (1958), V.

Entre finales de los años cincuenta y mediados de los sesenta, los estudios sociopolíticos tendieron a ver a la democracia como producto de condicionamientos estructurales, concentrándose en buena medida en el examen de los "requisitos funcionales" que las sociedades debían alcanzar para lograr la emergencia de la democracia, o en otros casos, los factores que debían mantenerse para garantizar la estabilidad democrática en los países que ya gozaban de ese tipo de régimen. Los trabajos de Seymour Martin Lipset (1959 y 1963), Almond y Verba (1963), o Almond y Powell (1966), desde la perspectiva de la modernización, o el trabajo pionero de Barrington Moore (1966), desde un enfoque histórico-estructural vinculado al paradigma del conflicto de clases, ilustran claramente el tipo de estudios dominantes durante esta primera generación.

El contexto histórico en el que hay que ubicar estas indagaciones es el del sostenido proceso de "descolonización", el cual puso en el primer plano el interés por estudiar las condiciones por las cuales esas nuevas naciones podían adoptar (o no) las instituciones políticas, económicas y sociales de los países capitalistas desarrollados. En este sentido, corresponde recordar que una de las más notorias secuelas de las dos guerras mundiales fue el progresivo debilitamiento, y posterior derrumbe, de los vastos imperios coloniales europeos. En ese marco, las luchas independentistas posibilitaron el surgimiento de un amplio espectro de “nuevos países” en el concierto mundial, pero también configuraron una renovada zona de disputa en el marco del conflicto estratégico Este-Oeste. Esta dinámica de cambios no sólo despertó el interés de importantes sectores dirigentes de los países centrales, en particular de los Estados Unidos, también captó prontamente la atención de los científicos sociales de todo el mundo, cuyos centros de estudios -crecientemente diversificados e institucionalizados- estaban en franca expansión en medio del clima optimista de la reconstrucción de postguerra.

Una serie de cuestiones estaban en el centro de esas diferentes preocupaciones: ¿Podían estas nuevas naciones alcanzar los niveles de progreso económico, social y político de los países centrales? ¿Qué factores habían impedido hasta ahora ese objetivo? ¿Cuáles eran las condiciones para lograr esa transformación? ¿Podían replicarse las mismas instituciones? La creación en el seno de las Naciones Unidas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), a iniciativa de los propios países latinoamericanos y con el apoyo a regañadientes de las principales potencias, fue un hito insoslayable de ese derrotero de reflexión, al poner la temática del desarrollo en el centro de la escena.

En la “versión optimista” que popularizaría el enfoque de la “modernización”, la democracia era vista como una componente de la transición entre sociedades “tradicionales” y sociedades “modernas”; en la versión “pesimista”, que comenzarían a defender algunos autores ligados al “dependentismo”, los regímenes democráticos o bien eran una especie de obstáculo para las necesidades estructurales del capitalismo latinoamericano, o bien apenas una máscara que encubría relaciones de poder que sólo podían ser transformadas mediante la lucha revolucionaria (Dos Santos, 1977) (Marini, 1987). Mientras las vertientes modernizadoras comenzarían a perder influencia hacia la segunda mitad de los años sesenta, en parte por diversos cuestionamientos teóricos y empíricos, y en parte también por el pronunciado proceso de radicalización política de aquellos años, el enfoque dependentista –que inicialmente cambiaría los ejes del debate político y socioeconómico- enfrentaría también su propio *impasse* y terminaría siendo acallado por la cruenta proliferación de los quiebres autoritarios de la década del setenta (Micieli & Calderón, 1986).

De este modo, cuando primero en Brasil (1964) y luego en Argentina (1966) se produjeron sendos golpes militares exitosos, el estudio del autoritarismo en América Latina ocupaba un lugar secundario en las preocupaciones de las ciencias sociales. Una rápida recorrida por la bibliografía especializada nos muestra que los trabajos sobre el tema eran a la sazón escasos. Incluso, las "previsiones" del paradigma teórico de la "modernización" se orientaban según la hipótesis de que "una industrialización más avanzada está asociada con la aparición de la democracia y la igualdad" (Collier, D., 1985:10). En palabras del representante más conspicuo de ese enfoque, el sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset, “cuanto más próspera sea una nación, tanto mayores son las posibilidades de que tendrá una democracia” (1963:30). Y ensayaba una "verificación" de esta hipótesis apoyado en una serie de indicadores socioeconómicos agregados provenientes de Estados Unidos, Europa y América Latina. En base a ellos, podía afirmar que "los diferentes aspectos del desarrollo económico -industrialización, urbanización, riqueza y educación- se hallan tan íntimamente interrelacionados como para constituir un factor fundamental que posee el correlato político de la democracia" (1963:37).

Una nota algo discordante con este enfoque sería planteada por Samuel P. Huntington en un libro clave recién a finales de los años sesenta, *El Orden Político en las Sociedades en Cambio* (1968). Si bien el autor provenía de las huestes “modernizadoras”, ponía en el centro de la reflexión los problemas políticos de la construcción institucional, por oposición a una lectura “estática” entre series de variables estructurales. Este progresivo desplazamiento hacia las consideraciones políticas e institucionales iba a acentuarse a partir del examen de lo que pronto comenzarían a ser visualizados como “nuevos autoritarismos”.

En efecto, desde el derrocamiento de Joao Goulart, primero, y de Arturo Illia, poco después, la validez explicativa de aquella “ecuación optimista” comenzó a ser puesta seriamente en duda, y empezó a hacerse evidente la necesidad de nuevas búsquedas analíticas y empíricas sobre la cuestión. Por un lado, Brasil y Argentina -más allá de las discusiones que pudieran suscitarse en torno a los indicadores "económicos" o "socioeconómicos"- concitaban el acuerdo de los especialistas en cuanto a ser considerados entre los países con mayor desarrollo de la región. Pero por otra parte, comenzó a percibirse también que estos golpes militares inauguraban nuevas formas de dominación política y nuevas modalidades de intervención en los asuntos sociales, económicos y políticos en sus respectivos países. A diferencia de los autoritarismos

tradicionales, de los golpes de "entrada por salida", los nuevos gobiernos parecían arrogarse -y de hecho la tuvieron- una intención "fundacional" respecto a los modos de articulación entre el Estado y la sociedad civil, y en cuanto a la estructuración misma de la sociedad. A resultas de esto, pareció cada vez más necesario efectuar un replanteo del fenómeno del "militarismo". Esta tarea pasó a un primer plano cuando la marea autoritaria barrió con las dos experiencias democráticas más longevas de la región, Uruguay (1973) y Chile (1973), y poco después volvió a sumar al inestable sistema político argentino al bando militar (1976), aunque ahora bajo un estilo de dominación de inusitada violencia y con ambiciosas pretensiones de "reorganización nacional".

En ese ominoso clima, bajo el cual cientos de intelectuales fueron perseguidos, encarcelados, u obligados al exilio, las ciencias sociales latinoamericanas se embarcaron en un intenso y polifónico debate sobre el Estado, la política y los nuevos autoritarismos. En esas polémicas, las más de las veces llevadas a cabo en tierras de asilo y refugio, iban a mixturarse no sólo visiones teóricas, valores vitales y estrategias de lucha política, sino también revisiones más o menos críticas del pasado previo a los quiebres autoritarios, y posicionamientos frente al futuro político de la región. Como bien recuerda Lesgart, este proceso, desde el punto de vista teórico, "dibujó un trayecto: desde el Estado al régimen político, desde los requisitos necesarios para el establecimiento de la democracia a la democracia política como objetivo deseado por sí mismo, desde el privilegio de las variables económicas al de la dimensión política"(2002:177).

En tal sentido, los análisis sobre naturaleza de los autoritarismos son un ejemplo ilustrativo del entrecruzamiento de una serie de planos de discusión. Por un lado, el debate giró en torno a la posible inscripción de los autoritarismos en registros teóricos e históricos conocidos (por caso, la clásica categorización de las formas del Estado capitalista de excepción de la tradición marxista: "bonapartismo", "dictadura militar" y "fascismo"), o bien a la necesidad de elaborar categorías analíticas novedosas para hechos que aparecían como novedosos. Pero por otra parte, parecía necesario esclarecer si se estaba frente a un "Estado autoritario" o frente a "gobiernos" o "régimenes autoritarios", lo que llevaba implícito el debate acerca de su carácter estructural (y eventualmente "normal" o "necesario"), o si constituían realidades "excepcionales", y por tanto, transitorias.

Estas polémicas académicas naturalmente no eran bizantinas. Si se trataba de "Estados", entendidos como "momento de la dominación" social, era posible deslizarse al argumento según el cual los nuevos autoritarismos eran, de aquí en más, la forma política peculiar de la dominación capitalista en América Latina, y con ello, o se mantenían juntas o se abolían juntas. La estrategia recomendada entonces era la subordinar los combates antiautoritarios a las luchas por el socialismo, o en el mejor de los casos, fusionar las luchas por la democracia con las tareas de construcción socialista. Como señalara Atilio Borón en un artículo que se volvió clásico, y en el que demostraba que los encasillamientos fáciles en términos de "fascismos" no eran capaces de captar la novedad de los autoritarismos latinoamericanos de los setenta: "una investigación concreta... nos permitiría arribar a la conclusión de que las formas del Estado capitalista asumidas por los clásicos del marxismo como 'excepcionales' se han transformado en la modalidad 'normal' de dominación

burguesa en el capitalismo dependiente y periférico” (1977: 519)⁶. El brasileño Theotonio Dos Santos, por su parte, enfatizará el carácter dicotómico de la coyuntura:

La historia política reciente del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista... En estas condiciones históricas... la lucha democrática se inserta claramente en el interior de la lucha por el socialismo (1977: 173 y 188).

Desde una mirada alternativa, en cambio, si estábamos ante “regímenes autoritarios”, entendidos como conjunto de reglas para el procesamiento de conflictos, los cuales a su vez debían ser analizados en su especificidad política y con autonomía relativa respecto de la estructura socioeconómica, entonces se abrían consideraciones y estrategias políticas diferentes. Por una parte, el mismo orden social capitalista podía dar lugar (como en la historia europea de entreguerras) a regímenes totalitarios, autoritarios o a democracias legítimas; por la otra, eran los socialismos realmente existentes los que habían desembocado inequívocamente en Estados “totalitarios”. Así presentada, esta perspectiva permitía un amplio arco de alianzas que iba desde las visiones que reivindicaban las instituciones de la democracia liberal *per se*, hasta aquellos que desde hacía algún tiempo habían comenzado a reconceptualizar y revalorar la democracia como una estructura política plenamente compatible con un programa socialista.

Varios años después, en un artículo de 1984, “Democracia y Socialismo: ¿etapas o niveles?”, José Nun trataría de darle una entonación estratégica y transformadora a esa articulación:

...creo que entre el gobierno representativo y el socialismo no hay incompatibilidad ni práctica ni de principio... No hay incompatibilidad práctica porque implican niveles de acción diferentes en cuanto a las formas de participación... *Niveles* y no *etapas*: la lucha por el restablecimiento del gobierno representativo en el plano de la política nacional de ninguna manera excluye la lucha simultánea por la democratización de los sistemas de autoridad en la familia, en el lugar de trabajo, en el barrio o en el sindicato... Pero en este punto conviene evitar confusiones que hagan perder el terreno legítimamente conquistado por la crítica al leninismo: no hablo de un simple reconocimiento táctico de los niveles... Hablo de un esfuerzo sostenido por desarrollar formas de participación autónomas en cada nivel, promovidas por vanguardias conscientes de que su mayor éxito debe consistir en dejar de serlo (1989: 65. Cursivas del autor).

Y en un artículo de 1980, “Democracia y socialismo: una relación difícil”, Juan Carlos Portantiero resumirá gráficamente una visión que reconocía de manera más abierta los préstamos entre liberalismo y socialismo. “Es obvio que la democracia no es identificable con el Estado liberal, dice el autor de *Los Usos de Gramsci*, pero ya parece también evidente que el socialismo no podría prescindir de la acumulación cultural y política que implican ciertas adquisiciones del liberalismo. A la teoría política del socialismo le ha

⁶ Un punto en el que se hacía evidente la superposición entre el debate analítico y las necesidades de la lucha política, y que ayuda a revivir el clima de época, es la crítica que hace Borón a aquellos compañeros de ruta de la izquierda revolucionaria que por razones tácticas decidían mantener la categorización de “fascismo”. Como destaca Borón: “ante la abrumadora evidencia de la capacidad de movilización del apoyo y la solidaridad internacionales que tiene el término *fascismo* es indudable que existen razones de mucho peso que aconsejarían mantener esa denominación para designar un fenómeno político diferente y original. Sin embargo, conlleva riesgos graves, sobre los cuales es preciso meditar con mucha seriedad” (1977: 520).

sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes” (1988: 104).

2) REFLEXIONES EN TIEMPOS DE OSCURIDAD

El golpe (de Estado) significa una dramática alteración de la vida cotidiana... Para muchos intelectuales la pérdida de la seguridad material y la erosión de los criterios de normalidad provocan una situación de incertidumbre (cognitiva y emocional) que favorece no sólo una revisión biográfica, sino igualmente la percepción de problemas habitualmente no considerados... La revalorización de la antes criticada “democracia formal” se inicia pues a partir de la propia experiencia personal más que de una reflexión teórica.

Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia” (1985).

La convicción que constituye el trasfondo inarticulado sobre el que estos retratos se dibujaron es que incluso en los tiempos más oscuros tenemos el derecho de esperar cierta iluminación, y que esta iluminación puede llegarnos menos de teorías y conceptos que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que irradian algunos hombres y mujeres en sus vidas y sus obras, bajo casi todas las circunstancias y que se extiende sobre el lapso de tiempo que les fue dado en la tierra.

Hannah Arendt, *Hombres en tiempos de oscuridad* (1968).

Norbert Lechner nació en Karlsruhe, Alemania, en 1939. Durante la guerra vive en España y Portugal, de regreso a Alemania completa su educación básica. Estudia Derecho y Ciencia Política en München, París y Freiburg. Culmina su Licenciatura en Derecho en 1964 y se inscribe al doctorado en Ciencia Política. En Freiburg se incorpora al *Centro de Estudios del Tercer Mundo*, perteneciente al *Arnold Bergstraesser-Institut*. En 1965 viaja por primera vez a América Latina (Brasil, Argentina y Chile), donde permanece algunos meses. Su proyecto de tesis inicial (sobre la Reforma Universitaria en Chile) deriva finalmente en un estudio del proceso de democratización chileno. Regresa a Chile entre 1966 y 1967 (con un cargo en la Fundación Adenauer), mientras trabaja en la elaboración de su tesis, y se doctora en Ciencia Política en Freiburg en 1969 bajo la dirección de Dieter Oberndörfer. Luego parte nuevamente hacia Chile donde fijará su residencia definitiva⁷.

Entre 1970 y 1973 fue profesor-investigador del *Centro de Estudios de la Realidad Nacional* (CEREN), de la Universidad Católica. Luego del golpe de Pinochet una invitación de Jürgen Habermas le permite durante unos meses realizar una estancia de

⁷ Como ha destacado Nikolaus Werz, en el marco de los vínculos científicos entre Alemania y América Latina, en particular en el caso chileno, no sólo debe prestarse atención al trabajo de las instituciones culturales estatales, sino también al importante papel de vinculación desarrollado por las fundaciones de los partidos políticos (Werz, 2011: 91).

investigación en el *Instituto Max Plank*, en Starnberg. Posteriormente regresa a Chile para incorporarse como profesor-investigador de FLACSO entre 1974 y 1994, de la que también será su Director. Entre 1994 y 1997 será profesor visitante de FLACSO-México, donde impartirá un seminario sobre “Subjetividad y política”. De regreso a Chile trabajará en la oficina del PNUD en Santiago, en la elaboración de los Informes sobre Desarrollo Humano.

Lechner publicó 11 libros. Los volúmenes compilados son: *Estado y Política en América Latina* (1981), *¿Qué significa hacer política?* (1982), *¿Qué es el realismo en política?* (1987), *Cultura política y democratización* (1987), *Capitalismo, democracia y reformas* (1990) y (en colaboración con René Millán Valenzuela y Francisco Valdés Ugalde) *Reformas del Estado y coordinación social* (1999). Los de autoría propia incluyen: *La democracia en Chile* (1970), *La crisis del Estado en América Latina* (1977), *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (1984), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* (1988) y *Las Sombras del Mañana. La dimensión subjetiva de la política* (2002)⁸.

En agosto de 2003 el Parlamento chileno le otorgó la ciudadanía por gracia. Falleció en Santiago de Chile en febrero de 2004.

Sin ánimo de introducir un esquema rígido podríamos hablar de tres periodos en el decurso de la obra de Lechner, marcados por la aparición de sus obras fundamentales. Pero esta periodización no debe ser entendida como la delimitación de compartimentos aislados, sino más bien en el sentido de que cada uno de estos segmentos se solapan en un derrotero vital, político e intelectual de búsquedas, revisiones y desplazamientos. En este sentido, es notable el modo en que algunos motivos de reflexión que aparecen de manera marginal en una época, son luego recuperados en otro momento bajo una luz renovada y llevados a ocupar un lugar central.

El primer período de *formación* se extiende desde su ingreso a la carrera de Derecho (1964) y su posterior reorientación al estudio de la Ciencia Política, que culmina con la presentación de su tesis doctoral en 1969 (“El proceso de democratización en Chile. Un ensayo de interpretación de desarrollo político”). La tesis encarna –según su valoración autocrítica– “un enfoque ecléctico, sin mayor brillo”, en el que se combinan los enfoques predominantes en la enseñanza de la Ciencia Política alemana de la época, derivados de la escuela norteamericana del Desarrollo Político o de la teoría sistémica de David Easton, junto con una mirada tomada de la obra de Ralf Dahrendorf que le permite tematizar algunas cuestiones clave: “la dinámica del cambio social, el conflicto de clases, la democracia como institucionalización de conflictos” (Lechner, 2004).

Un segundo período de *transición* abarca los años que van desde la publicación de la “traducción” al castellano de su tesis, bajo el título *La democracia en Chile* (1970), hasta la publicación de su libro de 1984. Las diferencias entre su tesis alemana (281 págs.) y el libro publicado en Argentina (“una versión reducida de la tesis de doctorado” de 173

⁸ Bajo la coordinación de Paulina Gutiérrez y Tomás Moulián, la editorial LOM de Chile publicó en dos tomos las *Obras Escogidas* de Lechner (2006). Posteriormente, Paulina Gutiérrez, Ilán Semo y Francisco Valdés Ugalde, a partir de un esfuerzo conjunto entre la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-sede México) y el Fondo de Cultura Económica, comienzan la edición de las *Obras de Norbert Lechner*. El tomo I fue publicado en 2012 (Lechner, 2012) y el volumen II en 2013 (Lechner, 2013); en la actualidad se encuentran en proceso de edición los tomos III y IV.

págs.), son lo suficientemente significativas como para considerar esta última publicación como una etapa diferente. En particular debe destacarse que Lechner no sólo expurga al texto español de múltiples referencias locales, imprescindibles para una lectura alemana pero innecesarias para una publicación latinoamericana; lo más importante es que también elimina la introducción del texto alemán y la reemplaza por una nueva “Introducción a los prejuicios del autor”, donde toma una fuerte distancia crítica con buena parte de los supuestos teóricos y metodológicos de su formación politológica anterior. Especialmente pondrá en discusión la visión heredada de su antiguo maestro, Dieter Oberndörfer, sobre el concepto de “política como ciencia práctica”, al que opondrá ahora sus nuevas convicciones en el sentido de que “una ciencia política que tiende a la transformación del mundo, sólo puede comprenderse como praxis revolucionaria, o sea como teoría de la emancipación” (Lechner, 1970: 12)⁹.

Ahora bien, este segundo período podría describirse de manera más fidedigna como conformado por dos fases diferentes dentro del mismo itinerario. Un primer movimiento abarca el proceso de intenso involucramiento con el pensamiento marxista acompañado de un creciente compromiso político. Esta inclinación había comenzado en el período anterior, con la llegada de Lechner a América Latina. En esas circunstancias se forja un fuerte vínculo de intercambio con un conjunto de intelectuales de izquierda –entre los que se destaca su estrecha amistad y su fecundo diálogo intelectual con Franz Hinkelammert, pero también con los “gramscianos argentinos” (José Aricó y Juan Carlos Portantiero) y otros científicos sociales de la región-. A su retorno a Alemania participa activamente del movimiento estudiantil alemán, además de leer ávidamente a los pensadores del '68. Según su testimonio: “yo ahí me formo en el ambiente –digamos- entre una formación "formal" norteamericana y luego una formación "informal" del '68, que es una mezcla de todos los textos piratas de Adorno, de Lukács, algo de Marx, Wilhem Reich. Todos los autores del '68, y también estaban los franceses, como Lucien Goldmann” (Lechner, 1988). Con esa bagaje a cuestas decide finalmente regresar a Chile. Como lo referirá el propio Lechner en un interesante debate de 1971, al cotejar las diferencias entre la investigación que lo llevó a redactar su tesis y la visión teórica y política del momento:

Quando llego a Chile en 1965, recibo el impacto de lo que significa “tercer mundo” y subdesarrollo. Vivo el apogeo y el desencantamiento de la “Revolución en Libertad”. Mi formación estructural-funcionalista no me permite conceptualizar esta experiencia. Comienzo a estudiar a Marx y de regreso a Alemania participo en el movimiento estudiantil (1967-1969). Partiendo del análisis de la economía política llegamos a plantearnos: ¿Por qué el sistema capitalista no explota en sus contradicciones? (Lechner, 1971: 260)¹⁰.

Pero este mismo período, cortado brutalmente por el golpe de Pinochet, albergará un segundo movimiento en el pensamiento de Lechner, en este caso de reconsideración crítica del marxismo –aunque no de los ideales socialistas que mantendrá desde su juventud- y que comienza a operarse a mediados de los años '70. En tal sentido, tal vez haya que considerar *La crisis del Estado en América Latina*, libro publicado en Caracas en 1977, como su última publicación de envergadura plenamente inserta en una matriz teórica que

⁹ Con los años, Lechner revisará a su vez estas posiciones y recompondrá su relación –académica y personal- con quien fuera su Director de tesis doctoral. Agradecemos en este punto el testimonio de Nikolaus Werz (La Plata, Argentina, septiembre de 2013).

¹⁰ Para un recuerdo del vínculo personal e intelectual entre Lechner y Hinkelammert, véase (Hinkelammert, 2012: 113/4); también (Semo, 2014).

en algunos puntos fundamentales comenzará a ser puesta en cuestión¹¹. Como dirá en la introducción del texto, presentado apenas como “un conjunto de apuntes para una teoría del Estado en América Latina”:

Las presentes notas son tributarias del pensamiento marxista, especialmente de las corrientes representadas, entre otros, por Gramsci, Luxemburgo, Bloch y la Escuela de Fráncfort. Esta tradición se refleja en el interés práctico que guía el conocimiento y sus puntos de referencia. Mi preocupación por la praxis, la totalidad, la subjetividad, la revolución o la utopía, para nombrar algunos hitos de la reflexión, remite a aquel trasfondo político-teórico (Lechner, 2012: 358).

De este modo, el volumen se inscribe claramente en un linaje del “marxismo occidental” – para utilizar la conocida fórmula de Perry Anderson- del que Lechner jamás renegará, pero que someterá a un considerable escrutinio crítico en los años por venir. Al decir de Ilán Semo, un profundo conocedor de sus trabajos, “muchos leerán la evolución de Lechner como la de un *distanciamiento* con el marxismo, yo diría que es el proceso de *ampliación* de su perspectiva, obligado por el acontecimiento mismo” (2014. *Cursivas nuestras*). En estas notas preferimos desplazar levemente el eje del debate: Tal vez el intento de rotular el pensamiento lechneriano tomando por única referencia su relación con la herencia de Marx no alcance para captar la riqueza y originalidad de una de las obras más singulares producidas en América Latina de la segunda parte del siglo XX, orientada a elaborar un auténtico programa de investigación “crítico-hermenéutico”. No obstante, también es preciso tematizar el tenor de esa diferencia con el legado marxiano para comprender el viraje analítico que protagonizará Lechner.

Esa revisión teórica, a su vez, irá de la mano de un desplazamiento hacia algunas preocupaciones que hasta ese momento habían ocupado un lugar lateral en su producción. Al recordar este periplo en su última conversación (2004) el autor germano-chileno señalará:

En los primeros años post-golpe intento tematizar la dictadura de Pinochet a partir de mi línea de trabajo anterior. Reúno tres artículos en torno a *La crisis del Estado en América Latina* (1977) y preparo una antología con cierto éxito editorial, *Estado y política en América Latina* (1981). Sin embargo, estoy cada vez menos satisfecho con un enfoque estructural de la vida social. ¿Cómo dar cuenta de las experiencias subjetivas de la gente? Mi propia contribución a la antología ya explora nuevos campos (antropología política) buscando una nueva mirada sobre el Estado.

En efecto, por aquellos años Lechner comienza a forjar una mirada innovadora –y polémica- de las relaciones entre Estado y política respecto de “aquel trasfondo político-teórico” del que había partido. En febrero de 1980 presenta una ponencia, con el título “Aparato de Estado y forma de Estado”, al Seminario sobre “Hegemonía y alternativas políticas en América Latina”, realizado en Morelia, México (Labastida, 1985). De ese trabajo seminal vale citar un largo párrafo:

La visión técnico-administrativa que encontramos en Marx —y que da lugar a los malentendidos economicistas— es la consecuencia de su énfasis en el trabajo como principal categoría de mediación entre los hombres. Su intuición inicial del trabajo gira en

¹¹ Ese mismo año aparece la primera mención que tenemos registrada en un texto de Lechner de la obra de Arendt. Se trata de la ponencia “La teoría y la práctica de la política. Sobre los programas de postgrado en ciencia política”, presentada en un seminario de CLACSO, en octubre de 1977, en Belo Horizonte. El texto fue publicado luego en Costa Rica en 1980 (Lechner, 2012: 495). Volveremos más adelante sobre este punto.

torno al metabolismo del hombre con la naturaleza, o sea lo que Hannah Arendt especifica como la labor impuesta por el siempre repetido ciclo de la vida biológica. Marx define al hombre como *animal laborans*, que se distingue de los animales por producir sus medios de subsistencia, y como *homo faber*, que a diferencia de los animales imagina el objeto a construir. Se refiere pues, en los términos de Arendt, a la labor y al trabajo, pero no a la acción. No considera suficientemente entre las actividades humanas a la interacción que se desarrolla entre los hombres por el simple hecho de existir hombres (y no el Hombre). El hombre *qua* hombre, dice Hannah Arendt, cada individuo en su única distinción aparece y se confirma a sí mismo en el discurso y la acción, y estas actividades —la política— necesitan un espacio para aparecer: el ámbito público, el estado. Éstos son mucho más “el trabajo del hombre” que la obra de sus manos o la labor de su cuerpo. Al concebir el trabajo en términos demasiado estrechos, Marx no logra situar la actividad política. De ahí el paradójico silencio sobre el “reino de la libertad”. La emancipación humana del “trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos” es abordada solamente en términos de “tiempo libre” (una libertad improductiva) y no de praxis social. Es decir, la socialización culmina en una extraña libertad de satisfacción privada-particular y no en la liberación de una reciprocidad espontánea (Lechner, 1985: 105)¹².

Este “reduccionismo”, como lo llama Lechner, es a su vez una lejana herencia hegeliana que se prolongará a través de múltiples ramificaciones en el pensamiento político progresista. Por eso dirá Lechner – en la Introducción de 1981 a la antología sobre el Estado y política en América Latina- que “no se trata solamente de la aversión autoritaria contra la ‘democracia de negociación’ (Hayek). También encontramos en la izquierda un menosprecio por la actividad política”. Y volviendo a citar a Arendt señalará que la práctica política, “más que un medio para un fin, es un ‘fin en sí mismo’ en tanto afirmación del sujeto”. De aquí que hacer política no es “un ‘plus’ con respecto a otra actividad ‘básica’, sino la relación propiamente social en que los hombres se reconocen entre sí en tanto sujetos” (Lechner, 1988: 23).

En el marco de estas consideraciones, en el Epílogo que Lechner escribe para la mencionada antología, marcará diversos adeudos que los tradicionales enfoques “estructurales” sobre el vínculo entre Estado y sociedad acarrearán como un lastre y que dificultan pensar los desafíos políticos que atraviesan la región. Invertidos como un guante, cada uno de estos débitos se convertirán en objetos medulares de su reflexión posterior. Así, justificará la “necesidad política de una teoría del estado en la necesidad de ‘hacer política’”, y “hacer política –nos dirá- es devenir sujeto”, por tanto, en el fondo, “la teoría del estado trata pues de nuestro interés y voluntad colectiva por determinar nuestro modo de vida, el sentido de la convivencia social” (Lechner, 1988: 301). Esta creciente centralidad analítica de los problemas de la subjetividad lo llevará a afirmar: “la constitución de los sujetos es quizá el tema central de una teoría política. No obstante, suele ser desplazado a los supuestos antropológicos sobre los que se apoyan –sin problematizarlos- los distintos enfoques (Lechner, 1988: 325/6). A su vez, estas preocupaciones sobre los lazos entre subjetividad y (teoría) política establecerán los

¹² Posteriormente, ese trabajo será reelaborado y con el título “El concepto de Estado en Marx” aparecerá en Costa Rica en mayo-agosto de 1980 (Lechner, 2012: 549). El párrafo citado permanece idéntico en las distintas versiones del texto. Dejamos para otra ocasión un análisis pormenorizado del modo en que Lechner –con gran agudeza y notoria autonomía de criterio- lee las críticas arendtianas a Marx, ya que toma algunos de esos cuestionamientos pero deshecha (a nuestro juicio muy válidamente) otros. Tampoco podemos entrar aquí en los enojosos errores de traducción –en los que obviamente Lechner no incurre- de las obras de Arendt al castellano. Es de destacar que Lechner es el único autor de todos los participantes del Seminario en apelar a Arendt para repensar los desafíos de la política latinoamericana de entonces.

puentes -esbozados hacia el final del texto- con una problemática que concitará toda su atención a partir de entonces:

...la situación latinoamericana nos plantea con urgencia un tema generalmente soslayado: la relación entre política y moral... [pero] en lugar de considerar a la moral como un juicio valorativo *sobre* una acción social, hemos de concebirla como un ordenamiento simbólico, intrínseco a toda práctica. Toda práctica social es... un proceso de producción y reproducción de sentido, que remite a la idea de un “buen orden” (Lechner, 1988: 331. Cursiva del autor).

Finalmente, un tercer período de *madurez* comenzará en los años '80 –“recién entonces elaboro una producción autónoma y original” dirá Lechner (2004)- con la publicación de *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (1984), y que culminará con sus últimos trabajos en los albores del nuevo siglo. En esta última etapa la articulación de ejes analíticos conformada por sus reflexiones en torno a la subjetividad, la política y la democracia se afirmará como una mirada privilegiada para pensar los problemas contemporáneos de la región. Como enfatizará Ilán Semo, “Lechner es uno de los precursores de la noción de subjetividad política en la ciencia política y la sociología latinoamericana”. Así, mientras “todos en la academia están preocupados por los cambios institucionales, Lechner se enfoca en comprender el mundo de la subjetividad. Ésa es la riqueza de su pensamiento”... es un teórico nodal de la subjetividad en la esfera de lo político”. De acuerdo con esta visión, la teoría de la subjetividad política “replantea la manera en la cual se constituyen las relaciones entre el poder y el individuo, entendiendo la producción del *sujeto singular*, no el sujeto histórico”. El eje de su reflexión se orienta a desentrañar “la subjetividad de lo que aparece objetivado, ésa es su tesis fuerte, de allí que sea tan profunda. Es una subjetividad del orden de lo simbólico” (Semo, 2014. Cursivas nuestras).

Pero este desplazamiento hacia la consideración de las dimensiones subjetivas de la política no debe ser pensado como un hiato, como un corte abrupto, tanto con referencia a sus preocupaciones políticas anteriores, como con respecto a las lecturas que jalonaron su periplo latinoamericano. Al contrario, se repite aquí un cierto patrón en el derrotero del pensamiento lechneriano que parece operar en espiral, o dibujando sinuosos arabescos, retornando a viejos motivos pero con una iluminación renovada. En este sentido, durante su pertenencia al *Centro de Estudios de la Realidad Nacional* (CEREN), un instituto dependiente de la Universidad Católica, entre 1970 y 1973, Lechner nos cuenta que se integra a un destacado grupo de profesionales: “Además de mi amigo Hinkelammert, había un equipo de investigadores de gran calidad académica y humana: Paulina Gutiérrez y Pilar Vergara, Tomás Moulián, Kalki Glauser, Rafael Echeverría, Jorge Larraín, Armand Mattelart, Ariel Dorfman y Hernán Valdés, entre otros”, y recuerda lo siguiente:

Pero mi relación fundamental sigue siendo con Franz. Con él armamos grupos de discusión inéditos en medio de la efervescencia política. Me cuesta transmitir lo insólito: realizamos un seminario sobre la sexualidad como mecanismo de control social, conversamos largamente sobre la racionalidad del «pensamiento nocturno» en relación a la «lógica diurna», etc. Era un ambiente muy creativo (Lechner, 2004).

Vale resaltar el punto y enriquecerlo con otros datos que aparecen en una entrevista anterior al hablar de su actividad por aquellos años:

Entonces yo daba esa clase sobre Marx ["Estado y Derecho en Marx"], pero también doy un curso sobre "Lucha de Clases y Sexualidad". Tomaba como materiales libros, películas (como "Investigación sobre un ciudadano por encima de toda sospecha", de Elio Petri, con Gian María Volonté).). Bueno trabajaba con esas cosas, y claro, que me miraban un poco raro, como un tipo extraño y extranjero. ¿Quién podía hablar de sexualidad cuando estaba en cuestión la toma del poder? (Lechner, 1998).

El curso al que se refiere Lechner se llamaba en realidad, "Sexualidad, autoritarismo y lucha de clases", tal como aparece en el informe de actividades del CEREN, contenido en los *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Nro. 9, septiembre de 1971), y se apoyaba en la lectura de textos de Engels, Freud, Marcuse, Reich y otros, "pero dependerá en definitiva del aporte creativo de cada participante". Allí se lee:

Pareciera que tanto la reflexión teórica como la práctica política encuentran serias limitaciones por la falta de conceptualización de las relaciones sensual-concretas de los hombres en la formación social chilena. Experiencias como la contradicción entre la ideología liberal vigente y la represión (o satisfacción sustitutiva) de necesidades instintivas... indican la urgencia de abordar (a nivel categorial y de estrategia política) la mediación entre producción y reproducción instintiva de las relaciones capitalistas y el análisis de la economía política (Págs. 271/2).

Al año siguiente el seminario dará lugar a dos productos. Por un lado, un artículo sobre "Represión sexual y manipulación social", *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Nro. 12, abril de 1972), que Lechner concluye con una recordada cita de Bertold Brecht, la cual resume buena parte del desafío planteado por esta original exploración política y pedagógica: "si no se aspira al goce, si no se procura extraer el mejor partido a lo existente y alcanzar la mejor situación, ¿por qué se había de luchar?" (Lechner, 1972b: 255)¹³. Por otra parte, Lechner elabora un informe a manera de balance de las actividades realizadas, donde señala:

Algunos, en la inocencia y la noche de la conciencia feliz, pueden haberse reído de tema tan impúdico; la risa remite a tabúes y sentimientos de culpabilidad. Para los participantes se trataba de iniciar el análisis de la realidad nacional en una dimensión hasta hoy demasiado descuidada por la teoría marxista y el movimiento socialista. Tanto por el contenido como por la forma del seminario fue un experimento... El tema del seminario surge de un interrogante actualizado recientemente por el movimiento estudiantil europeo... En este contexto se plantea una estrecha correlación entre sexualidad y dominación. En este caso las relaciones sexuales dejan de ser un asunto privado para transformarse en problema político. Se hace indispensable lo que podría denominarse una *sociología política de la sexualidad* (Lechner, 1972a: 228. Cursivas del autor).

Una vez más encontramos en estas reflexiones los atisbos precoces de una exploración original, a contramano de las tendencias dominantes en el marxismo latinoamericano, e incluso en el conjunto de las ciencias sociales de la región. Esa búsqueda por politizar la intimidad de la vida cotidiana "con el fin de *provocar una conciencia política sobre cuestiones falsamente apolíticas*" (Lechner, 1972a: 230. Cursivas del autor) quedará luego interrumpida por muchos años, condenada al silencio y a la oscuridad de los tiempos de la dictadura pinochetista. Pero la indagación temprana sobre los vínculos entre subjetividad y política no caerá en saco roto. Aflorará con los vientos auspiciosos de la transición

¹³ El artículo ha sido reproducido en *Obras*, I (Lechner, 2012: 163-173).

democrática, leída entonces con otras claves interpretativas y en el marco de nuevas pero más promisorias urgencias.

3) LECHNER COMO LECTOR DE ARENDT

Mi reflexión nace en respuesta al mundo que me rodea. Y buscando respuesta, echo mano del debate teórico como una caja de herramientas para interpretar esa realidad. Por cierto, dependerá de la calidad de la reflexión teórica que el análisis no se agote en la coyuntura.

“Última conversación con Norbert Lechner. Las condiciones sociales del trabajo intelectual”, entrevista de P. Gutiérrez y O. González, *Cuadernos del CENDES*, 2004.

Se trata de ejercicios de pensamiento político, tal como surgen de la realidad de los incidentes políticos [...], y mi tesis es que el propio pensamiento surge de los incidentes de la experiencia viva y debe seguir unido a ellos a modo de un letrero indicador exclusivo que determina el rumbo.

Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro., Ocho ejercicios de reflexión política* (1968), Prefacio.

En los últimos años ha comenzado a desplegarse una creciente producción académica en torno a la obra de Norbert Lechner. Aunque todavía dispersa, con escasos puentes de diálogo entre sí, esta bibliografía va cubriendo distintos aspectos de la herencia intelectual lechneriana, abriendo nuevos interrogantes y planteando sugerentes claves de aproximación. En principio, son de imprescindible lectura los estudios preliminares a las recientes ediciones de sus obras (Gutiérrez y Moulián, 2006) y (Semo, Valdés y Gutiérrez, 2012 y 2013), ya que nos presentan un amplio cuadro de interpretación, en el que es posible ubicar el itinerario biográfico del autor, entrelazado con los avatares del contexto político e institucional en el que se desempeñó. Otras contribuciones, más cercanas al testimonio personal, han resaltado los legados de la producción de Lechner para las ciencias sociales latinoamericanas; entre ellas cabe destacar los textos de Emilio de Ípola (2004), Daniel García Delgado (2004), Rossana Reguillo (2004), Carlos Strasser (2004), María Herminia Tavares de Almeida (2004) y Mónica Valdéz (2004). Asimismo, algunos trabajos ofrecen enriquecedoras miradas sobre diversas dimensiones de su obra, entre los que pueden citarse: Acosta (1997), Rivas Leone (2000), Burbano de Lara (2004), Guzmán (2007) y Jiménez B. (2012). Finalmente, en lo que nos interesa aquí, un grupo más pequeño de aportes ha puesto su atención sobre algunas “afinidades electivas” entre ciertos motivos de la producción de Lechner y el pensamiento de Hannah Arendt, entre ellos pueden mencionarse: Kohn W. (2000), Castillo Gallardo (2008), Pressacco (2008), Caetano (2010) y Bacci (2014). Pero ninguno de estos trabajos ha ensayado hasta ahora una exploración sistemática de los “usos” que Lechner elabora, a partir de la reflexión arendtiana, en dirección a pensar los desafíos de la política democrática en América Latina. En esta parte queremos ofrecer una contribución preliminar en esta dirección.

Sin duda, sería a todas luces una afirmación descaminada rotular la obra de Lechner –en particular la que se despliega a partir de principios de los años '80- como “arendtiana”. Reacio a cualquier identificación de escuelas, él mismo se ha encargado de subrayarlo: “siempre he ido por caminos propios en cuanto a mi trabajo, nunca he sido de escuela, de pertenecer a una escuela determinada o seguir a un autor determinado, siempre he tratado de abrir mi propio camino” (Lechner, 1988).

Sin embargo, es claro también a partir de las pistas que el propio autor nos ha señalado, que los motivos del pensamiento de Arendt han sido especialmente gravitantes en la reorientación de su reflexión, en la elaboración de un nuevo “marco de referencia” y de un “nuevo estilo de exposición” para pensar la política. Dicha reorientación se hace especialmente patente en el conjunto de trabajos reunidos en el volumen *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (1984), que tanto para el autor, como para calificados observadores, constituye su “primera producción autónoma y original” (Gutiérrez y Moulián, 2006: 10).

Aunque no podemos afirmarlo con certeza, podemos presumir que Lechner se acerca a la obra de Arendt por dos vías principales. Por un lado, por sus propias preocupaciones vitales, políticas e intelectuales que lo llevan a explorar nuevos senderos para pensar la sociedad y la política democrática a partir del quiebre autoritario. Como bien apunta Semo, la de Lechner es “una obra en la que hallaremos que lo que acontece en lo político se convierte en el territorio de una reflexión en la cual están contenidas todas las marcas y señales de lo que define al propio acontecimiento en su conjunto: los órdenes políticos generales, la cultura, la condición social”. Estamos así frente a un estilo de reflexión que no deriva sus problemáticas “de la marcha del pensamiento mismo (aislado), sino del cisma que el acontecimiento va produciendo en el mundo que hemos pensado” (Semo, 2014).

Pero por otra parte, también es probable que sus profundas y documentadas lecturas de la obra de Jürgen Habermas (además de su contacto personal) hayan sido un puente privilegiado para acceder a la reflexión arendtiana. Como señaló alguna vez el autor de *Conocimiento e interés*, “a nadie le sorprenderá que en el ámbito de la teoría de la sociedad, sea de Alfred Schütz y de Hannah Arendt de quienes más he aprendido”. Este aprendizaje toma cuerpo a través de tres aportaciones de fundamental importancia: “la reconstrucción del concepto aristotélico de ‘praxis’ para la teoría política”, en segundo lugar “la introducción del concepto husserliano de ‘mundo de la vida’ en teoría de la sociedad”, y finalmente, el “redescubrimiento de la *Crítica del juicio* de Kant para una teoría de la racionalidad”. Mientras que el segundo aporte mencionado corresponde a Schütz, el primero y el tercero corresponden a Arendt, por lo que Habermas manifiesta sin rodeos: “De Hannah Arendt aprendí por dónde había que empezar una teoría de la acción comunicativa” (Habermas: 2000: 356/8)¹⁴.

Ahora bien, como adelantamos en la presentación de estas páginas, en el tránsito que va de una reflexión anclada en la “revolución” a una visión política centrada en la “democracia”, la apropiación, adaptación y recreación de la obra de Hannah Arendt por parte de Lechner

¹⁴ Nótese que la primera vez que –según nuestro registro- Lechner cita a Arendt (nos referimos a la ya mencionada ponencia que presentó en octubre de 1977, en Belo Horizonte), lo hace en el contexto de una mirada comparativa sobre el carácter de la política para los “antiguos” y los modernos”. Allí pone en relación las (diferentes) miradas que ofrecen Arendt en *La condición humana* y Habermas en *Teoría y praxis* (Lechner, 2012: 507).

constituyó una verdadera “bisagra” en su pensamiento. Esta lectura se articula en tres planos ya señalados (Wallerstein, 1999): una visión de la política que –a la vez que le permite tomar distancia crítica del marxismo– le posibilita entenderla en su carácter intrínsecamente conflictivo y plural, pero sin reducirla al marco de análisis dominado por “neoinstitucionalismo” en sus diferentes variantes; un registro reflexivo que ensaya un camino propio, combinando creativamente los aportes de la filosofía, las ciencias sociales e incluso la literatura; y finalmente, un modelo de intervención intelectual autónomo. En conjunto, estas contribuciones constituyeron un aporte original, no sólo al debate sobre la transición democrática en América latina, sino al análisis de cambio político en otras latitudes.

En principio, la perspectiva arendtiana procura delimitar la especificidad de la política como una actividad que supone el reconocimiento de los otros como iguales pero al mismo tiempo el hecho de que cada individuo es singular. Dada esta condición básica de la pluralidad, la política resulta necesaria como forma de articulación y coordinación de los individuos. No hay entonces sujetos políticos dados, sino que en la actividad política misma se despliega la singularidad de cada quién a través de la acción y del discurso, al tiempo que se entreteje un horizonte de sentido compartido.

La pluralidad humana, básica condición tanto de la acción como del discurso, tiene el doble carácter de igualdad y distinción. Si los hombres no fueran iguales, no podrían entenderse ni planear y prever para el futuro las necesidades de los que llegarán después. Si los hombres no fuesen distintos, es decir, cada ser humano diferenciado de cualquier otro que exista, haya existido o existirá, no necesitarían el discurso ni la acción para entenderse. Signos y sonidos bastarían para comunicar las necesidades inmediatas e idénticas (Arendt, 2001a: 200).

De esta forma, al situar a la pluralidad como centro de su reflexión política, Arendt lleva a cabo un descentramiento del sujeto político monolítico y singular, y en su lugar encontramos diversos y múltiples “sujetos” que se forjan en la interacción propia de la arena política (Di Pego, 2012)¹⁵. Lechner recupera explícitamente este papel de la pluralidad como pilar para la resignificación de la política:

¿Cómo pensar la política sin referencia al proceso de subjetivación? Una inspiración muy fecunda me ofreció Hannah Arendt, especialmente en *La condición humana*. Constatando que ‘los hombres, no el Hombre, viven en la tierra y habitan en el mundo’, Arendt afirma que ‘esta pluralidad es específicamente *la* condición –no la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam*– de toda vida política’. Es en relación a esa pluralidad de los hombres o (entendiéndolo como un proceso) esa pluralidad de sujetos que la construcción del orden político deviene tema central (Lechner, 1984: 21).

En la medida en que la pluralidad se erige en la condición que hace posible la política, ésta siempre supone la reunión y la interacción de los hombres y mujeres para el tratamiento de los asuntos públicos. En este contexto, la democracia se erige en el marco necesario, aunque no suficiente, para el despliegue de la política entendida como pluralidad. Por eso, Arendt sostiene que “el conjunto de argumentos contra la ‘democracia’ [...] cuanto más consistente y razonado sea, se convierte en alegato contra la esencia de la política” (2001a: 241)¹⁶. La democracia obra como el ordenamiento

¹⁵ En este trabajo abordamos en detenimiento las implicancias políticas de los procesos de subjetivación en la concepción arendtiana.

¹⁶ En este punto se hace patente el contraste entre la visión arendtiana y la perspectiva de Carl Schmitt sobre la política. No podemos tratar aquí el contrapunto entre el pensamiento lechneriano y la obra schmittiana.

legal que hace posible la interacción, el disenso y la disputa en un marco de conflictividad en el que los otros no dejan de reconocerse como sujetos de derecho. Sin embargo, la política además de sustentarse en la pluralidad remite para Arendt a la posibilidad de introducir novedad en el mundo y de actuar de manera inesperada.

[...] la acción mantiene la más estrecha relación con la condición humana de la natalidad; el nuevo comienzo inherente al nacimiento se deja sentir en el mundo sólo porque el recién llegado posee la capacidad de empezar algo nuevo, es decir, de actuar (Arendt, 2001a: 23).

Por eso, la política requiere de un marco institucional que le otorgue estabilidad pero no puede reducirse a la mera reproducción de lo establecido. En particular, Arendt destaca el papel de las leyes en tanto que posibilitan la interacción entre iguales en el espacio público, y al mismo tiempo lo dotan de cierta perdurabilidad, sin la cual el espacio público se encontraría en un estado precario y en constante peligro de desaparecer. En *La condición humana*, Arendt se detiene especialmente en la polis griega para mostrar de qué manera la ley obraba como una muralla que delimitaba y hacía posible la vida política.

La ley de la ciudad-estado [...] literalmente era una muralla, sin la que podría haber habido un conjunto de casas, una ciudad (*asty*), pero no una comunidad política. Esta ley-muralla era sagrada, pero sólo el recinto era político. Sin ella, la esfera pública pudiera no tener más existencia que la de una propiedad sin valla circundante; la primera incluía la vida política, la segunda protegía el proceso biológico de la vida familiar (Arendt, 2001a: 71).

Pero también en la época moderna, la política requiere de un cierto ordenamiento legal que no se limita al reconocimiento de derechos sino que actúa como un muro de contención de los asuntos humanos (Canovan, 2000: 22). En otras palabras, para el despliegue de la política resulta necesario un ordenamiento legal e institucional, que asegure la permanencia y la estabilidad del espacio público de interacción entre iguales. En *Sobre la revolución*, Arendt advierte que esta fue precisamente la tarea que emprendieron, sin mayor éxito, los revolucionarios del siglo XVIII, a quienes

[...] aún les parecía natural la necesidad de una constitución que fijase los límites de la nueva esfera política y definiese las reglas que la gobernasen, así como la necesidad de fundar y constituir un nuevo espacio político donde las generaciones futuras pudiesen ejercitar sin cortapisas la ‘pasión por la libertad pública’ o la ‘búsqueda de la felicidad pública’ [...] que consistía en el derecho que tiene el ciudadano a acceder a la esfera pública (1992: 125-127).

La política se encuentra así atravesada por una tensión constitutiva entre las leyes y las instituciones que establecen un orden determinado y la irrupción de la novedad y el carácter agonístico que la acción plural trae consigo. Pero esta tensión no debe concebirse como una oposición irreconciliable entre elementos contrapuestos, sino como elementos en cuya dinámica de interacción en conflicto se constituye lo político (Di Pego, 2006). De manera que la conflictividad resulta no sólo dinamizadora sino también inherente al orden establecido. En palabras de Lechner: “Hay una diversidad

Véanse sobre este punto las agudas observaciones de Semo, Valdés Ugalde y Gutiérrez en la Introducción al volumen II de las Obras de Lechner (2013: 17/8).

propia a todo ordenamiento social que pone límites a la pretensión de eliminar los conflictos” (1984: 151).

Lo que ha sucedido es que en la tradición del pensamiento político se ha escindido esta articulación entre la perdurabilidad de lo instituido y la irrupción de la novedad, produciéndose en consecuencia un vaciamiento de la conflictividad de la política. Esta escisión entre novedad y estabilidad también se encuentra a la base de nuestro vocabulario político moderno, “que se presenta siempre en pares de conceptos opuestos: derecha e izquierda, reaccionario y progresista, conservadurismo y liberalismo” (Arendt, 1992: 231). Frente a esto, Arendt explicita su ímpetu por volver a los conceptos políticos, para dismantelar las oposiciones y pensarlos nuevamente en su entramado conflictivo constitutivo:

Desde el punto de vista filológico, el esfuerzo que se realiza para reconquistar el espíritu perdido de la revolución, debe consistir, en buena parte, en repensar y combinar de modo significativo todo lo que nuestro vocabulario político nos ofrece en términos de oposición y contradicción (Arendt, 1992: 231).

La política así concebida implica un doble desplazamiento desde la centralidad del sujeto hacia la pluralidad y desde una lógica estratégica hacia una dinámica de interacción agonial de construcción de sentido compartido que excede al funcionamiento de las instituciones políticas establecidas¹⁷. De ahí la relevancia del espacio público como ámbito de reunión en el que los asuntos comunes se resuelven a través del diálogo y la persuasión entre iguales. El espacio público es la arena de interacción y de construcción de sentidos compartidos que perduran conformando un mundo común que trasciende y reúne a las distintas generaciones. En el ámbito público se manifiesta una dinámica política, que no puede reducirse a un plano instrumental, en tanto que los hombres despliegan su capacidad de acción y de diálogo, manifiestan su espontaneidad, hacen cosas inesperadas, introducen novedad, es decir, en definitiva, actúan libremente, construyendo una trama compartida que se enraíza en el pasado y que se extiende hacia el futuro.

[...] el mundo común es algo en que nos adentramos al nacer y dejamos al morir. Trasciende a nuestro tiempo vital tanto hacia el pasado como hacia el futuro; estaba allí antes de que llegáramos y sobrevivirá a nuestra breve estancia [...] Pero tal mundo común sólo puede sobrevivir al paso de las generaciones en la medida en que aparezca en público. La publicidad de la esfera pública es lo que puede absorber y hacer brillar a través de los siglos cualquier cosa que los hombres quieran salvar de la natural ruina del tiempo. (Arendt, 2001a: 64).

Diversos regímenes han procurado erradicar el espacio público y su conflictividad propia, para lo cual resulta asimismo necesario, eliminar la pluralidad. Sin embargo, esto nunca puede ser llevado a cabo plenamente porque con cada nuevo nacimiento se incorporan al mundo existencias singulares que pueden actuar de manera inesperada. La dominación por extrema que sea, siempre tendrá grietas, puesto que sólo puede restringir la pluralidad pero nunca anularla completamente, por lo que tampoco podrá asegurar su reproducción indefinida. Así, Arendt cierra su libro sobre el totalitarismo remitiendo a la capacidad humana de comenzar que adviene al mundo con cada nacimiento y que implica que “cada final en la Historia contiene necesariamente un

¹⁷ Véase al respecto la crítica de Arendt a los intentos de reducción de la política a la noción de gobierno (2001: 241-250).

nuevo comienzo [...] Este comienzo es garantizado por cada nuevo nacimiento; este comienzo es, desde luego, cada hombre” (1999: 580)¹⁸.

Cuando se pretende eliminar la pluralidad, desaparece con ella la política misma. Así, el totalitarismo se vuelve en Arendt la contracara para pensar la política en este sentido específico que resulta suprimido en diversas formas de dominación –totalitarismo, dictadura, autoritarismo–. De manera análoga a como Arendt elabora su concepción política a partir del contraste con el totalitarismo, Lechner también lleva a cabo una reconceptualización de la política a partir de la experiencia de la dictadura de Pinochet en Chile. En esta tarea, Lechner recupera los análisis arendtianos de la política en su íntimo vínculo con la pluralidad y el espacio público, al tiempo que encuentra en la negación de estas características, dos de los pilares básicos del autoritarismo: la expulsión de los ciudadanos del espacio público y la sustracción de derechos fundamentales a sectores enteros de la población –y por tanto la negación de la pluralidad entendida en su doble faceta de igualdad y distinción–.

La privatización es un sostén para la existencia de un régimen autoritario, pero a la vez una barrera para su desarrollo. La gente se retira de un espacio público vaciado de contenido colectivo; repliegue a la familia y unas pocas amistades como refugio de emergencia. Se trata de una fuga en términos literales, pero también de una fuga de sentido: ya no se invierte sentido en la vida pública. ¿Qué pasa con los afectos recluidos al fuero íntimo? Lo que comienza como una hibernación puede terminar como una mutilación. Se cortan los lazos con el pasado, pero sin por eso apostar al futuro. Si el ayer aparece como tiempo perdido, el mañana es inimaginable... Este ensimismamiento en el presente fortalece el orden fáctico en tanto reduce lo real a la existencia tangible. Solamente lo inmediatamente dado ofrece seguridad. Y sólo se invierten esperanzas en el aquí y ahora. [...] Sin perspectiva que trascienda el presente, el orden solamente representa continuidad hacia atrás (por lo que ha durado). Dura día a día, pero no proyecta continuidad a futuro. ¿Qué sentido puede motivar un orden que no trasciende la existencia individual, quitándole su futilidad? (Lechner, 1984: 150).

Al finalizar el párrafo precedente, Lechner cita en una nota al pie la siguiente afirmación de *La condición humana* sobre el espacio público:

Si el mundo ha de incluir un espacio público, no se puede establecerlo para una generación y planearlo sólo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales. Sin esta trascendencia en una potencial inmortalidad terrena, ninguna política, estrictamente hablando, ningún mundo común ni esfera pública resultan posibles (2001a: 64).

La restricción del espacio público no supone solamente una erosión de las posibilidades de expresión sino también del sentido compartido que se extiende hacia el pasado y el futuro obrando a la vez como simiente de la política y puente entre las generaciones. Así, la política en lugar de concebirse como un medio para un fin determinado, se presenta como un ámbito en donde se forjan y disputan los sentidos compartidos que sustentan a las instituciones y al ordenamiento social en general. Cuando los regímenes autoritarios obligan a los ciudadanos a replegarse en el ámbito privado, cercenan de ese modo la pluralidad constitutiva del espacio público y con ello erosionan las bases

¹⁸ Esta mirada arendtiana de la imposibilidad del cierre completo de la dominación sobre sí misma, incluso en el caso del totalitarismo que procuró establecer un sistema de “dominación total” (Arendt, 1999: 533-557), resuena en la siguiente palabras críticas de Lechner hacia Marcuse: “Aún la dominación más penetrante y omnipresente no crea una realidad unidimensional” (1984: 151).

mismas de la política. En este contexto, Lechner advierte que, “como dice Hannah Arendt, vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de ver y de oír a los demás, de verse y oírse a sí mismo” (1984: 156).

Pero una vez restringido o incluso erradicado el espacio público bajo ciertas formas de dominación, pueden subsistir ciertas manifestaciones de la pluralidad. Por eso, en el transcurso del siglo XX, las formas de dominación se han radicalizado hasta despojar a los individuos de todo tipo de derecho, inclusive del derecho más básico y fundamental que Arendt denomina “el derecho a tener derechos” (1999: 375), esto es, a pertenecer a “una comunidad que quiera y pueda garantizar cualesquiera derechos. El Hombre, así, puede perder todos los Derechos del Hombre sin perder su [...] dignidad humana. Sólo la pérdida de la comunidad misma le arroja de la Humanidad” (1999: 376). Cuando no hay ningún Estado dispuesto a reconocer a un grupo de individuos como sujetos de derecho, ni siquiera para oprimirlos, entonces, se vuelven superfluos y en el momento en que son expulsados de la comunidad política, quedan fuera de la ley y sujetos a la completa arbitrariedad por parte de los poderes establecidos. Lechner remite a la negación del “derecho a tener derechos” en relación con el golpe de 1973 en Chile, citando al final del siguiente párrafo un artículo de Arendt que apareció originariamente en 1949 en Alemania (*Die Wandlung* 4, pp. 754-770) denominado: “Es gibt nur ein einziges Menschenrecht” (“Existe solo un único derecho humano”):

En nombre de la unidad se excluye lo diferente. El otro (el enemigo) es expulsado del orden. No tiene ‘derecho al Derecho’. Sin ley, ni rey, es expoliado de su Derecho Humano fundamental –su pertenencia a una comunidad política por medio de la cual el hombre privado accede a aparecer en público: ser sujeto (1984: 146)¹⁹.

El autoritarismo lleva a cabo así una doble ruptura de la trama de sentido que sustenta a la política, por un lado, al cercenar el espacio público recluyendo a los individuos en el ámbito privado, y por otro lado, al expulsar y eliminar a grupos enteros de individuos de la comunidad política. Por eso, la perspectiva arendtiana se vuelve tan gravitante en el pensamiento de Lechner para una reinterpretación de la política, en la medida en que brinda elementos para la reconstrucción del sentido compartido erosionado por las formas de dominación autoritarias. El “derecho a tener derechos” entendido como un derecho humano fundamental, se erige en el sostén ineludible de todo régimen democrático, que además requiere la consolidación y expansión de espacios públicos en los que se diriman los legados del pasado y las proyecciones futuras. De este modo, el examen crítico de las derivas autoritarias constituye el contrapunto para la reinterpretación de la política.

Pero los puntos de convergencia entre la obra arendtiana y el pensamiento político de Lechner a principios de los años ’80 no se limitan a significativas coincidencias de “contenido”. También encontramos notorios puntos de contacto en lo que hace al registro expositivo, donde ambos se mueven en un plano que rechaza cualquier encuadramiento fácil desde el punto de vista disciplinar. Así, en el epígrafe que abre este trabajo Lechner advierte la relevancia que tuvo la lectura de *La condición humana* después del golpe, aclarando inmediatamente: “No sólo por su contenido, también por su *estilo de exposición*” (Cursivas del autor). En tal sentido, Arendt se mueve en un registro reflexivo que resulta difícilmente encasillable y que mantiene sus reservas respecto de la tradición

¹⁹ Lechner había anticipado alguna de estas cuestiones en un trabajo de 1980, “Los derechos humanos y el nuevo orden internacional” (Lechner, 2013: 43-76), así como también en “Los derechos humanos como categoría política”, de 1983 (Lechner, 2013: 247-257); Véase sobre este punto (Bacci, 2014).

filosófica y de las ciencias sociales. No obstante lo cual, se despliega a partir del diálogo y la confrontación crítica con ambas.

Respecto de la filosofía, Arendt objeta la tendencia a concebir esta actividad como un retiro del mundo, que la pone a resguardo de sus vicisitudes, y culmina haciéndola perderse “en las nubes de la pura especulación” (2005: 378). Asimismo, la filosofía se encuentra marcada en sus orígenes por la condena a muerte de Sócrates por parte de la *polis* ateniense (Arendt, 2001a: 25), a partir de lo cual la principal inquietud de Platón será poner a resguardo a la actividad filosófica de los avatares de los asuntos humanos, y pensar una forma de gobierno en la que esta actividad pueda ser desarrollada libremente. Consecuentemente la filosofía surge signada por la desconfianza hacia la pluralidad y la búsqueda de trascenderla con criterios capaces de sustraerse de la opinión compartida²⁰. En la medida en que la filosofía se erige en conflicto con la política, Arendt considera que plantear una “filosofía política” constituye una contradicción en sus términos²¹. Por eso, como es ampliamente conocido, rechaza ser denominada filósofa. Como lo destacó en una entrevista que Günther Gaus le realiza en 1964: “Yo no pertenezco al círculo de los filósofos. Mi profesión, si puede hablarse de algo así, es la teoría política” (2005: 17).

Arendt caracteriza, entonces, su propia actividad como teoría política, y ésta se distingue de la filosofía pero también de las ciencias sociales. En relación con estas últimas, Arendt se posiciona críticamente en relación con el paradigma cientificista imperante en la posguerra, que tendía a “concebir una ‘ciencia de la sociedad’, como disciplina omniabarcadora, [...] que compartiría los mismos patrones científicos de la ciencia natural y procedería de acuerdo con ellos” (2005: 456). En este sentido, Arendt caracteriza su actividad en relación con la comprensión (*Verstehen*)²², distinguiéndola claramente de los procedimientos y patrones de precisión científica dominantes en las ciencias sociales.

Mientras nuestros patrones de precisión científica no han dejado de crecer y hoy son más altos que nunca antes, nuestros patrones y criterios de verdadera comprensión parecen no haber dejado de declinar. Con la introducción en las ciencias sociales de categorías de valoración completamente extrañas y frecuentemente absurdas, los patrones y criterios de comprensión están más bajos que nunca. La precisión científica no tolera ninguna comprensión que vaya más allá de los *estrechos límites de la escueta facticidad*, y por esta arrogancia ha pagado un precio alto, ya que las salvajes supersticiones del siglo veinte, revestidas de un cientificismo embaucador, empezaron a suplir sus deficiencias. Hoy la necesidad de comprender ha crecido hasta hacerse

²⁰ Para esclarecer este análisis nos remitimos a las conferencias “Philosophy and Politics” que Arendt pronunció también en 1954 en la Universidad de Notre Dame. La tercera parte de las conferencias se denominaba “Philosophy and Politics: The Problem of Action and Thought after the French Revolution”, y fue publicada ligeramente modificada bajo el título “Sócrates” en la edición de Jerome Kohn de *La promesa de la política* (Arendt, 2008: 43-75). La primera edición publicada en inglés “Philosophy and Politics” apareció en 1990 en *Social Research*.

²¹ En mayo de 1968, Arendt anota en su *Diario filosófico*: “A toda «filosofía política» debe preceder una comprensión de la relación entre la filosofía y la política. Podría ser que la «filosofía política» fuera una *contradictio in adjecto*” (2006: 665, XXV).

²² La comprensión en Arendt no es meramente una cuestión metodológica, sino que se inscribe en el giro ontológico de la comprensión llevado a cabo por Heidegger, por lo que se distancia de la tradición alemana clásica de la *Verstehen*. En este contexto, las críticas de Arendt a las ciencias naturales y a su papel como modelo de las ciencias sociales, no debe simplemente subsumirse en el debate entre explicación (*Erklärung*) y comprensión (*Verstehen*). Respecto de esta cuestión, remitimos al libro *Política y filosofía en Hannah Arendt. El camino desde la comprensión hacia el juicio* (Di Pego, en prensa), especialmente los primeros cuatro capítulos dedicados a dilucidar la peculiaridad de la concepción arendtiana de la comprensión.

desesperada, y da al traste con las pautas no sólo de la comprensión sino de la pura precisión científica, así como de la honestidad intelectual (Arendt, 2005: 408. Cursivas nuestras).

La tarea de comprensión arendtiana se sitúa, de este modo, en un espacio intermedio entre la filosofía y las ciencias sociales, con ciertos recaudos para con ambas. A diferencia de la filosofía, la comprensión no debe perderse en el puro pensamiento abstracto y especulativo, sino que debe mantenerse vinculada a la “experiencia viva” que la puso en movimiento. A su vez, a diferencia de las ciencias sociales, la comprensión no puede permanecer anclada en la mera facticidad, puesto que en ese caso deviene en un conocimiento descriptivo que ahoga cualquier posibilidad de pensar más allá de lo establecido. De este modo, Arendt agujonea a las ciencias sociales con el espíritu filosófico, al mismo tiempo que resitúa a la filosofía en el mundo vinculándola a las experiencias políticas fundamentales de nuestro tiempo.

En este entrecruzamiento de filosofía y ciencias sociales que da lugar a un registro singular, también la literatura constituye un insumo fundamental. En *Los orígenes del totalitarismo*, encontramos diversos motivos literarios de los que Arendt se sirve para el análisis de cuestiones sociales y políticas. Así, por mencionar algunos de los casos más destacados, Arendt se detiene en la obra de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, para dar cuenta de la emergencia de una forma específica de antisemitismo en Francia (1999: 133-140). *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad le permite analizar la visión de los colonos europeos en África que ilustra el devenir barbarie inherente a la civilización occidental (1999: 256). En las historias de Rudyard Kipling, Arendt encuentra la construcción acabada de la “leyenda imperialista” (1999: 277-279) que pretende justificar a través de hazañas y actos legendarios el establecimiento de las colonias británicas. También encontramos diversas referencias a obras de Bertolt Brecht –*El vuelo de Lindbergh* (1999: 414) y *La ópera de los tres centavos* (1999: 417)– y de Jean Paul Sartre –*A puerta cerrada* (1999: 414)– en el apartado “La alianza entre el populacho y la élite”. La conferencia “The Human Crisis” de Albert Camus pronunciada en la Universidad de Columbia en 1946 también aparece citada en el libro de Arendt (1999: 549). Franz Kafka se hace presente en relación con el funcionamiento de la burocracia austríaca (1999: 319), pero también reaparece en otros libros cardinales de Arendt como *La condición humana* (2001a: 277, 346-347) y *Entre el pasado y el futuro* (1996: 15-20).

La remisión a la literatura no es meramente ejemplificadora sino que constituye una herramienta de pensamiento, en la medida en que aporta una mirada aguda y penetrante de la realidad social. Incluso podría decirse que en esta aproximación a la literatura se constituye una modalidad particular de pensamiento, que Arendt denomina pensamiento poético [*dichterisch denken*] (2001b: 174). Así, Arendt nos advierte que ciertos “factores sociales, que no son tenidos en cuenta en la historia política o en la económica, ocultos bajo la superficie de los acontecimientos, jamás percibidos por el historiador”, resultan no obstante “registrados [...] por la fuerza más penetrante y apasionada de poetas y novelistas (hombres a quienes la sociedad había impulsado a la desesperada soledad y al aislamiento de la *apologia pro vita sua*)” (1999: 141). Con palabras muy similares y nombres propios en común, se refiere Norbert Lechner, en lo que sería su última entrevista, al papel que la literatura desempeñó en su trayectoria intelectual para la comprensión de la realidad frente a ciertas restricciones de las ciencias sociales.

Como muchos de mi generación tengo a Camus y Sartre, Brecht y Kafka como autores de cabecera. Estoy convencido de que muchas veces se aprende más de la realidad por medio de la literatura que a través de las ciencias sociales (Lechner, 2004).

Este cruce de registros donde la “objetividad” del análisis se entrecruza con la “subjetividad” de la experiencia en primera persona aparecerá en numerosos trabajos de Lechner a partir de la década del ’80. De este modo, la apelación a la subjetivación como proceso no sólo será un tema de reflexión, sino también permeará el modo de argumentación en que los problemas son expuestos, ya que en muchos trabajos la entrada en materia proviene de referencias tomadas de la literatura universal (valga como ejemplo la figura de Antígona en un artículo de 1981, “Acerca de la Razón del Estado”), o bien de vivencias cotidianas capaces de ilustrar situaciones sociales o políticas a mayor escala. En este último caso, por ejemplo, el capítulo II de *La conflictiva...* se entreteje en torno a las derivas de una pelea por obtener un lugar en las hamacas de un barco, o el capítulo III, que comienza con una sugerente reflexión sobre los juegos de información entre los niños (Lechner, 1984). Podríamos afirmar, sin equivocarnos por mucho, que este estilo de exposición constituía una verdadera y atractiva rareza frente a las modalidades de escritura comunes en las ciencias sociales latinoamericanas de la época²³.

Sin duda, esta fuerte inclinación por la expresión de la subjetividad tiene en Lechner raíces biográficas muy profundas, que van incluso mucho más allá de su frustrada vocación por estudiar Bellas Artes. En parte, se vinculan con la elaboración de un lugar propio en la historia familiar (“La literatura me sirvió para hacerme un espacio frente a la figura dominante –en términos normativos e intelectuales– de mi padre”), en parte también con la vivencia de un niño alemán criado en otro país:

Me parece que el bilingüismo puede acentuar las dificultades de un joven para desarrollar una identidad propia... Ahora pienso que esa debilidad del lenguaje materno debe influir igualmente en mi dificultad de recordar y verbalizar mis sueños... Yo pienso a partir de imágenes que por una u otra razón se cargan de significaciones preverbales que buscan expresarse en palabras escritas. En ese paso de la imaginación visual al pensamiento discursivo se juega para mí el trabajo intelectual (Lechner, 2004).

Pero estas búsquedas expresivas no terminaron de cuajar en una voz personal y reconocible hasta entrados los años ’80, cuando fruto de la lectura de Arendt (y de Gramsci) Lechner encontró inspiradores espejos donde calibrar una escritura absolutamente original en el concierto de la filosofía, la sociología o la ciencia política en la región.

Por último, en relación con el tercer plano objeto de análisis, el pensamiento de Arendt como el de Lechner se caracterizan por un modo de intervención intelectual autónomo respecto de las escuelas y perspectivas contemporáneas pero que también mantiene ciertas reservas o distanciamiento de la política partidaria y de la lógica estatal. Al comienzo de este apartado, hemos citado palabras de Lechner que manifiestan su afán por abrir su “propio camino” en lugar de ponerse bajo la égida de escuelas o pensadores reconocidos. Por su parte, en un debate en el marco de un Congreso sobre “La obra de Hannah Arendt”

²³ Cabe recordar que mientras Lechner elaboraba su obra de 1984, desarrollaba en simultáneo un innovador proyecto sobre la “vida cotidiana en Chile” bajo el imperio autoritario, que constituye una inagotable cantera de materiales para su trabajo, y un tesoro de información para las ciencias sociales en la actualidad. En esas notas son también para destacar las referencias a Arendt, en particular por su noción de espacio público (Lechner, 2013: 445 y ss.).

en 1972, Hans Morgenthau –profesor de ciencia política de la *New School for Social Research*– le pregunta a Arendt: “¿Qué es usted? ¿Es conservadora? ¿Es liberal? ¿Dónde se sitúa usted entre las perspectivas contemporáneas?”. A lo que ella responde:

No lo sé. Realmente no lo sé y no lo he sabido nunca. Supongo que nunca he tenido una posición de este tipo. Como saben, la izquierda piensa que soy conservadora y los conservadores algunas veces me consideran de izquierdas, disidente o Dios sabe qué. Y debo añadir que no me preocupo en lo más mínimo. No creo que este tipo de cosas arrojen luz alguna sobre las cuestiones realmente importantes de nuestro siglo (1998b: 167).

Arendt siempre enfatizó que quería comprender y esta tarea intelectual implica cierto distanciamiento que nos posibilita reconocer que “nuestro mundo común se ve siempre desde un número infinito de posiciones diferentes, a las que corresponden los más diversos puntos de vista” (1996: 59). Este dar lugar a los diversos puntos de vista supone poner coto al amor por el propio pueblo, al patriotismo tan característico de los Estados nación y a la pertenencia a cualquier otro grupo. Por eso, en el debate ya mencionado, Arendt señalaba: “No pertenezco a ningún grupo. Como saben, el único grupo al que he pertenecido fue el sionismo. Y, naturalmente, se debió a Hitler. Duró desde 1933 al 1943, luego rompí con él” (1998b: 167). Durante los tiempos de oscuridad que los totalitarismos y las dictaduras del siglo XX han traído consigo, la acción se vuelve una respuesta imperiosa y la comprensión se muestra como la cara complementaria de toda acción. De esta manera, actuar y comprender resultan inescindibles, pero la actividad intelectual debe tomar cierta distancia que sin desvincularla del mundo, le permita tener una mirada del “mismo mundo desde la posición del otro”, en la que se aprenda “a ver lo mismo bajo aspectos muy distintos y, a menudo, opuestos” (Arendt, 1996: 60). En esta clave de una relativa autonomía de la actividad intelectual, deben entenderse las reservas de Arendt respecto del reclamo del movimiento estudiantil de politización de las Universidades, aunque se muestre, al mismo tiempo, proclive en relación con otros de sus objetivos y, en general, con la revitalización de la acción política que acarrea.

Me resultan gratos algunos objetivos del movimiento [de protesta estudiantil], especialmente varios del de América, con el que estoy más familiarizada que con los de otras partes; hacia otros objetivos adopto una actitud neutral y considero peligrosos disparates a algunos, como, por ejemplo, la politización y el «refuncionamiento» (lo que los alemanes denominan *umfunktionieren*) de las Universidades, es decir, la perversión de su función y otras cosas de ese género (Arendt, 1998a: 203).

Desde este modelo de intervención intelectual autónomo, Arendt se posiciona también críticamente respecto de los denominados “profesionales de la resolución de problemas” que “han llegado al Gobierno partiendo de las Universidades y de algunos «tanques de pensamiento», pertrechados algunos con las teorías de los juegos y los análisis de sistemas, preparados, pues, en su propia opinión, para resolver todos los «problemas»” (1998a: 17). Estos profesionales pretenden establecer un vínculo técnico con el Gobierno y sustentan asimismo una concepción técnica de la política que la reduce a la gestión y resolución de problemas. Por su parte, Lechner advierte en los años ochenta, la confluencia en el caso chileno de militares y tecnócratas civiles en una tendencia a la reducción tecnocrática de la

política²⁴, que contribuye al vaciamiento del espacio público y a la consecuente restricción de la pluralidad.

Los militares y los tecnócratas civiles comparten el mismo paradigma [...] Visto así, la política consiste en el conocimiento científico de la realidad social (la ‘ciencia económica’) y la adaptación de la voluntad a las necesidades. Se trataría pues de calcular las opciones implícitas a los procesos sociales para decidir en función de éstas el objetivo preferido (Lechner, 1984: 151).

De este modo, retornamos así a la primera cuestión referida al paradigma de política que comparten Arendt y Lechner, puesto que en definitiva la misma actividad intelectual se encuentra delimitada y definida por esta concepción de la política. La reducción tecnocrática de la política se hace presente no sólo en las esferas del Estado sino también en la delimitación de ciertos profesionales de la política. Por lo que, una crítica de estas tendencias implica, como hemos visto, redefinir la concepción política misma tanto como la actividad intelectual que la sustenta.

4) REFLEXIONES FINALES

Sobre todo los primeros años post-golpe fueron una busca desesperada de palabras que dieran nombre a lo que nos había pasado, que dijeran qué se había hecho de «mí mismo», cómo podía cambiar tanto el país... Y a pensarnos desde la derrota. Ese es el trabajo de duelo que tuvimos que realizar. Y sus resultados influirán luego sobre el modo de enfocar la transición.

“Última conversación con Norbert Lechner. Las condiciones sociales del trabajo intelectual”, entrevista de P. Gutiérrez y O. González, *Cuadernos del CENDES*, 2004.

Comprender no significa... negar lo terrible... Significa, más bien, analizar y soportar conscientemente la carga que los acontecimientos nos han legado sin, por otra parte, negar su existencia o inclinarse humildemente ante su peso, como si todo aquello que ha sucedido no pudiera haber sucedido de ninguna otra manera.

Hannah Arendt, *Los orígenes del Totalitarismo* (1951).

La (re)valorización de la democracia en el espacio de las ciencias sociales se fue hilvanando con los hilos de la múltiple reconsideración crítica, por parte de numerosos intelectuales latinoamericanos, tanto de la herencia del pensamiento marxista como de la profundización de los cuestionamientos al “socialismo real”, pero también se nutrió positivamente del revitalizado interés por las experiencias socialdemócratas europeas, la ruta progresista de los “Estados de Bienestar”, las búsquedas alternas de la experiencia “eurocomunista”, y el incipiente despegue de las nuevas transiciones democráticas en el

²⁴ Arendt también advierte esta afinidad entre los solucionadores de problemas y los militares en el caso de los documentos del Pentágono referidos a las decisiones de los Estados Unidos en Vietnam: “Los «solucionadores de problemas» han sido caracterizados como hombres de gran autoconfianza que «rara vez dudan de su capacidad de triunfar» y trabajaron junto con los miembros de la clase militar de quienes «la Historia señala que son hombres acostumbrados a ganar»” (1998a: 18).

viejo continente, con el caso español a la cabeza (Paramio, 1988). En ese itinerario de exploraciones no es difícil percibir –aunque sea algo más arduo descifrar en detalle- un desplazamiento de *epistemes*, de territorios discursivos sobre el que se montaba buena parte de la construcción simbólica de la política latinoamericana.

Por su parte, la historia política fue mostrando un camino de revisión y construcción de nuevas identidades jalonadas –trágicamente las más de las veces- por las experiencias personales, vitales, concretas, de aquellas luchas y de esos autoritarismos. En algunos casos, serán reflexiones desde la “derrota” de los setenta, que no sólo será leída en su exterioridad bélica, como hecho militar, o como desacierto de una gruesa cesura política entre la estrategia militarista de la lucha armada y las orientaciones de las mayorías populares, sino que en algunos casos esa revisión testimoniará -en clave autocrítica- la necesidad de poner en discusión, y de renovar, la visión misma de la política. Como lo señalarán con meridiana claridad los editores de la revista *Controversia*, en su número de lanzamiento en octubre de 1979, escribiendo desde el exilio mexicano:

Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota, una derrota atroz. Derrota que no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra propia incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política.

En una sintonía análoga, pero dando unos años después nuevas vueltas de tuerca sobre la cuestión, Norbert Lechner dirá:

“Pensar la derrota” no es sólo revisar una estrategia de lucha, es interrogarnos acerca de la lucha misma y, por ende, redefinir el significado de la propia política. Visto así, la reflexión política en nuestros países me parece todavía demasiado cautelosa, como si temiéramos reconocernos vulnerables. Son estos miedos no asumidos o mal integrados a la vida los que provocan desaliento o desazón. En tal contexto, considero saludable cierto “ambiente posmoderno” y su desencantamiento con las ilusiones de plenitud y armonía. (1988: 15).

Hemos tratado de argumentar en este trabajo que en ese doloroso esfuerzo por pensar la política latinoamericana desde la derrota, la obra de Hannah Arendt fue fundamental para Lechner, no sólo por su contenido sino también por la elaboración de un registro original de expresión.

Aunque en estas líneas finales podríamos arriesgarnos a conjeturar que las “afinidades electivas” entre Lechner y Arendt trascienden el plano intelectual para hundir sus raíces en zonas más profundas, tal vez insondables, de sus respectivos itinerarios biográficos. No se trata sólo de dos pensadores de origen alemán que escribieron gran parte de su obra en otra lengua, y que vivieron el mayor tiempo de su vida adulta en otro país, al que tomaron como patria de adopción. En gran medida, también, su obra política es inescindible de la experiencia del autoritarismo, tanto el que recorrió Europa bajo la faz del totalitarismo nazi-fascista, como el que asoló América Latina encarnado en las dictaduras militares.

Pero hay algo más. Ambos mantuvieron con Alemania –con su historia, su política, sus costumbres- una tensa relación que nunca disimularon; un vínculo que le debe más al desarraigo que a la identidad, a la otredad que a la pertenencia. Arendt tuvo

oportunidades de volver, pero nunca lo hizo; y Lechner pudo irse de Chile, pero optó por quedarse.

Sin embargo, y pese a todas las diferencias, los dos permanecerán fieles a los hilos invisibles de ciertas tradiciones intelectuales y culturales de raíz germana; los dos encontrarán siempre inspiración en la literatura de Kafka o de Brecht; los dos mantendrán –desde el principio al final de sus días– un diálogo crítico constante con el pensamiento filosófico, político o social en su lengua materna. A fin de cuentas, a la vuelta de los años, quizá de ambos podría decirse lo que Arendt reconoció alguna vez de sí misma: *Si en realidad «provengo de» alguna parte, es de la filosofía alemana.*

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Y., “El debate de la postmodernidad en América Latina. En torno a las posiciones de Franz Hinkelammert y Norbert Lechner”, *Revista Islas* (Cuba), Nro. 115, mayo-diciembre de 1997.

Adorno Th. y otros, *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (1969), Barcelona, Grijalbo, 1973.

Alexander, J. *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* (1987), Barcelona, Editorial Gedisa, 1989.

Almond, G. y G. Powell, *Política Comparada. Una concepción evolutiva* (1966), BsAs, Paidós, 1972.

Almond, G. y S. Verba, *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963.

Arendt, H. *Sobre la revolución* (1963), trad. de Pedro Bravo, Buenos Aires, Siglo XXI, 1992.

Arendt, H. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (1968), trad. de Ana Poljak, Barcelona, Península, 1996.

Arendt, H. *Crisis de la República* (1972), trad. de Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1998a.

Arendt, H. *De la historia a la acción* (1995), trad. de Fina Birulés, Barcelona, Paidós, 1998b.

Arendt, H. *Los orígenes del totalitarismo* (1951), trad. de Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1999.

- Arendt, H. *La condición humana* (1958), trad. de Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós, 2001a.
- Arendt, H. *Hombres en tiempos de oscuridad* (1968), trad. de C. Ferrari y A. Serrano de Haro, Barcelona, Gedisa, 2001b.
- Arendt, H. *Ensayos de comprensión 1930-1954* (1994), Jerome Kohn (ed.), trad. de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005.
- Arendt, H. *Diario filosófico 1950-1973* (2002), Ursula Ludz y Ingeborg Nordmann (eds.), trad. de Raúl Gabás, Barcelona, Herder, 2006.
- Arendt, H. *La promesa de la política* (2005), Jerome Kohn (ed.), trad. de Eduardo Cañas, Barcelona, Paidós, 2008.
- Aricó, J. “Conversación con José Aricó”; *David y Goliath*, Nro. 49, 1986.
- Bacci, C., “Afinidades electivas: lecturas intelectuales de Hannah Arendt en la Argentina de los años 80”, Facultad de Ciencias Sociales/UBA, *VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, 2014.
- Barros, R. “Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina” (1986), *Cuadernos Políticos*, Nro. 52.
- Borón, A. “El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, Nro. 2, abril-junio de 1977.
- Burbano de Lara, F., “Las búsquedas de Norbert Lechner”, en *ICONOS*, Nro. 19, Quito, FLACSO-Ecuador, 2004 (pp. 141-146).
- Bulcourf, P. & Vázquez, JC. “La ciencia política como profesión”, *Postdata*, 10, Diciembre 2004.
- Burgos, R. *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, BsAs, Siglo XXI, 2004.
- Caetano, G., “El Bicentenario como oportunidad: Teoría y agenda para nuevos balances y prospectos en América Latina”, *ESTUDIOS*, N° 23-24 (Enero-Diciembre 2010) pp. 51-72.
- Calderón G. F., *Los movimientos sociales ante la crisis*, BsAs, CLACSO, 1986.
- Calderón G. F. & MR dos Santos, *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*, BsAs, CLACSO, 1987.
- Camou, A., “Se hace camino al transitar. Notas en torno a la elaboración de un discurso académico sobre las transiciones democráticas en Argentina y América Latina”, en Camou, Tortti & Viguera, libro *La Argentina democrática: los Años y los Libros*, BsAs, Prometeo, 2007.

Camou, A., “¿De la revolución a la democracia? Revisitando el debate académico sobre las transiciones en América Latina (1973-1983)”, *Revista Questión*, N.º 40 - primavera (octubre-diciembre) de 2013. UNLP, Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Canovan, M. “Hannah Arendt como pensadora conservadora”, en Birulés (comp.), *Hannah Arendt. El orgullo de pensar*, Barcelona, Gedisa, 2000.

Castillo Gallardo, M., “*Ya no Somos Nosotros*”: *Identidades políticas en el Chile contemporáneo*, Tesis de la Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO-México, 2008.

Collier, D. *El nuevo autoritarismo en América Latina* (1979), México, FCE, 1985.

De Ípola, E., “Días aciagos”, *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*, FLACSO-Nueva Sociedad, San José de Costa Rica, Nro. 7, mayo de 2004.

Di Pego, A. “Poder, violencia y revolución en los escritos de Hannah Arendt”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, México, año 19, Nro. 52, pp. 101-122, 2006.

Di Pego, A. “La revelación del «quién» en el mundo contemporáneo. Consideraciones a partir de las concepciones de Hannah Arendt y de Paul Ricoeur”, *Revista de Filosofía y Teoría Política*, Nro. 43, pp. 45-78, 2012.

Di Pego, A. *Política y filosofía en Hannah Arendt. El camino desde la comprensión hacia el juicio*, Buenos Aires, Biblos, en prensa.

Dos Santos, M. (comp.), *Concertación político-social y democratización*, BsAs, CLACSO, 1987.

Dos Santos, T. “Socialismo y fascismo en América Latina hoy”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, Nro. 1, enero-marzo de 1977.

Flisfisch, A. *La política como compromiso democrático*, Santiago de Chile, CIS/Siglo XXI, 1987.

Foucault, M., *Las palabras y las cosas* (1966), México, Siglo XXI Editores, 1982.

García Delgado, D., “El legado de Norbert Lechner”, *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*, FLACSO-Nueva Sociedad, San José de Costa Rica, Nro. 7, mayo de 2004.

Gago, V. *Controversia: una lengua del exilio*, BsAs, Ediciones Biblioteca Nacional, 2012.

González, O. *Pensar América Latina. Hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX*, Lima, Mundo Nuevo, 2002.

Gutiérrez, P. & T. Moulián, “Prólogo” a las *Obras Escogidas de Norbert Lechner*, Santiago de Chile, LOM, 2006.

Guzmán, V., “Norbert Lechner: Conversaciones a través del tiempo. Y a la distancia”, Centro de Estudios de la Mujer. Ponencia presentada en el seminario: Pensar lo real y lo (im)posible: la construcción del orden social. Actualidad del pensamiento de Norbert Lechner. Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 14 y 15 de junio de 2007.

Habermas, J., *Perfiles filosóficos-políticos*. Trad. de Manuel Jiménez Redondo. Madrid: Taurus, 2000.

Hinkelammert, F., *Teología profana y pensamiento crítico: conversaciones con Frank Hinkelammert* (Entrevista de Estela Fernández Nadal y Gustavo Daniel Silnik), BsAs, CICCUS/CLACSO, 2012.

Huntington, S. *El Orden Político en las Sociedades en Cambio (1968)*, BsAs, Paidós, 1972.

Huntington, S., *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX* (1991), Barcelona, Paidós, 1994.

Jiménez B., W., “El concepto de política y sus implicaciones en la ética pública: reflexiones a partir de Carl Schmitt y Norbert Lechner”, *Revista del CLAD: Reforma y Democracia* (Caracas), No. 53, Junio. 2012.

Kohn W., C., “Solidaridad y poder comunicativo: La praxis de la libertad en la filosofía política de Hannah Arendt”, *Res publica*, (Murcia), 5, 2000, pp. 73-92

Krauze, E. “Por una democracia sin adjetivos” (1983), recopilado en Enrique Krause, *Por una democracia sin adjetivos*, México, Joaquín Mortiz & Planeta, 1990.

Labastida Martín del Campo, J., *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina (Seminario de Morelia. Febrero de 1980)*, México, IISUNAM y Siglo XXI, 1985.

Laclau, E. & Ch. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (1985), Madrid, Siglo XXI, 1987.

Lechner, N., *La democracia en Chile*, BsAs, Ediciones Signos, 1970.

Lechner, N.; Luis Barros; E. Faletto; J. Duque e I. Reza, “Debate sobre La democracia en Chile”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (FLACSO-Chile), Nro. 1, junio-diciembre de 1971.

Lechner, N., “Sexualidad, autoritarismo y lucha de clases. Informe del seminario interno del CEREN”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nro. 12, abril de 1972 (1972a).

Lechner, N., “Represión sexual y manipulación social”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nro. 12, abril de 1972 (1972b).

Lechner, N. *¿Qué significa hacer política?*, Lima, DESCO, 1982.

Lechner, N. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984.

Lechner, N., "Aparato de Estado y forma de Estado", en Labastida Martín del Campo, J., *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina (Seminario de Morelia. Febrero de 1980)*, México, IISUNAM y Siglo XXI, 1985.

Lechner, N. *Los patios interiores de la democracia* (1988), Santiago de Chile, FCE, 1990.

Lechner, N., "La democracia entre la utopía y el realismo", II Encuentro Internacional de Filosofía Política, Segovia, abril de 1993. Disponible en: http://espacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1995-6-A5BADF7B-1661-8707-7C7D-FFC216D1BC45/democracia_entre.pdf

Lechner, N., R. Millán V. y F. Valdés Ugalde, *Reforma del Estado y coordinación social*, México, Plaza & Valdés, 1999.

Lechner, N., Entrevista: "Última conversación con Norbert Lechner. Las condiciones sociales del trabajo intelectual", entrevista de P. Gutiérrez y O. González, *Cuadernos del CENDES*, 2004.

Lechner, N., *Obras Escogidas de Norbert Lechner*, Santiago de Chile, LOM, 2006.

Lechner, N., *Obras de Norbert Lechner* (edición de P. Gutiérrez, I. Semo y F. Valdés Ugalde), Tomo I, México, FLACSO/sede México y Fondo de Cultura Económica, 2012.

Lechner, N., *Obras de Norbert Lechner* (edición de P. Gutiérrez, I. Semo y F. Valdés Ugalde), Tomo II, México, FLACSO/sede México y Fondo de Cultura Económica, 2013.

Lesgart, C. "Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta", en *Estudios Sociales*, Santa Fe, N° 22-23, pp 163-185, 2002. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/ojs/index.php/EstudiosSociales/article/viewFile/2489/354>.

Lesgart, C. *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2003.

Lipset, S. "Some Social Requisites of Democracies: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, vol. 53, Nro. 1, 1959.

Lipset, S. *El Hombre Político* (1960), BsAs, Eudeba, 1963.

Marini, R. M., *Dialéctica de la Dependencia* (1973), México, Era, 1987.

Micieli, C. y Calderón, F.. "El encantamiento de las estructuras: las ciencias sociales en la década del '60", David y Goliath, CLACSO, Nro. 60, diciembre de 1986.

Moore, B. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El Señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (1966), Barcelona, Península, 1976.

Munck, G. “Los orígenes y la durabilidad de la democracia en América Latina: Avances y retos de una agenda de investigación”, *Revista de Ciencia Política*, (Santiago de Chile), 2010, vol.30, n.3.

Nudler, O. “El cambio conceptual, los espacios controversiales y la refocalización” (draft), *VII Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía*, 2004.

Nun, J. & JC Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, BsAs, Puntosur, 1987.

Nun, J. *La Rebelión del Coro. Estudios sobre racionalidad política y el sentido común*, BsAs, Nueva Visión, 1989.

Paramio L. *Tras el diluvio*, México, S. XXI, 1988.

Pressacco, C., “Política y utopía en América Latina: reflexiones a partir del aporte de Norbert Lechner”, *Revista Encrucijada Americana* (Santiago de Chile), Universidad Alberto Hurtado, 2008.

O'Donnell, G; Schmitter, P. & Whitehead, L, *Transiciones desde un Gobierno Autoritario* (1986), BsAs, Paidós, 1988, cuatro volúmenes.

O'Donnell, G., “Ciencias sociales en América Latina. Mirando hacia el pasado y atisbando el futuro”, *El Debate Político*, año 1, Nro. 1, 2004.

Portantiero, JC, *La Producción de un Orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*, Bs As, Nueva Visión, 1988.

Portantiero, JC, *El Tiempo de la Política. Construcción de mayorías en la evolución de la democracia argentina 1983-2000*, BsAs, Temas, 2000.

Rabotnikof, N., “El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década”, *Revista Mexicana de Sociología*, Nro. 4, 1992.

Reano, A., “Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate”, *Revista Mexicana de Sociología* 74, Nro. 3 (julio-septiembre, 2012).

Reguillo, R., "La sombra en el presente", *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, año 8, núm. 20, México, DF, julio-diciembre 2004.

Rivas Leone, J. A., “Repensar la democracia: Una lectura de Norbert Lechner”, *Nueva Sociedad*, Nro. 170, noviembre-diciembre de 2000.

Rodríguez, A., C. Borga y M. Cardoso, *Portugal en Revolución* (1974), México, Siglo XXI, 1977.

Semo, I.; F. Valdés Ugalde y P. Gutiérrez, “Introducción” a las *Obras de Norbert Lechner*, Tomo I, México, FLACSO/sede México y Fondo de Cultura Económica, 2012.

Semo, I.; F. Valdés Ugalde y P. Gutiérrez, “Introducción” a las *Obras de Norbert Lechner*, Tomo II, México, FLACSO/sede México y Fondo de Cultura Económica, 2013.

Semo, I., “Obras de Norbert Lechner: una mirada a la historia intelectual de América latina”, entrevista de Jairo Antonio López Pacheco, *Relacso* (FLACSO-México), Nro. 4, marzo de 2014.

Spinelli, M.E., “La impronta de la "transición democrática" en la historiografía sobre la segunda mitad del siglo XX argentino”, *Estudios de Filosofía Práctica e historia de las ideas*, vol.10, n.2. 2008.

Strasser, C., “Adiós a un gran pensador”, *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*, FLACSO-Nueva Sociedad, San José de Costa Rica, Nro. 7, mayo de 2004.

Tavares de Almeida, M. H., “Días aciagos”, *Anuario social y político de América Latina y el Caribe*, FLACSO-Nueva Sociedad, San José de Costa Rica, Nro. 7, mayo de 2004.

Valdéz, M., "Norbert Lechner 1939-2004", *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, año 8, núm. 20, México, DF, enero-junio 2004.

Wallerstein, I., *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Caracas, Nueva Sociedad, 1999.

Werz, N., “Las relaciones científicas entre los países del Cono Sur y Alemania después de 1945”, en Chicote, Gloria & Bárbara Göbel, *Ideas viajeras y sus objetos: El intercambio científico entre Alemania y América austral*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2011.